

se

El vestido de novia



CARA COLT Lectulandia

Campanas de boda... con su jefe

Molly Michaels no pudo resistirse a la tentación de probarse el vestido de novia que alguien había donado a la asociación benéfica para la que trabajaba. Su gran sueño era vestirse de seda y satén... pero no que la cremallera se enganchara minutos antes de conocer a su nuevo jefe.

Houston Whitford no pudo ignorar a una damisela en apuros vestida de novia... Siempre que ella supiera que estaba allí para trabajar y recaudar fondos, no para vivir una historia de amor.

Lectulandia

Cara Colter

El vestido de novia

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Rescued in a wedding dress*
Cara Colter, 2010

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Molly Michaels miró el contenido de la caja rectangular que alguien había dejado sobre su abarrotado escritorio. La caja contenía un vestido de novia.

Los donativos para las tres tiendas de ropa de segunda mano que la organización benéfica Segunda Oportunidad poseía en Nueva York a menudo acababan allí, en la oficina.

Pero era una cruel ironía que aquel donativo acabase precisamente sobre su escritorio.

—No quiero saber nada del amor —murmuró Molly firmemente, cerrando la caja—. Soy alérgica al amor. He aprendido la lección, se acabó.

Después de colgar su abrigo en el perchero de la diminuta oficina, volvió al escritorio. Y volvió a abrir la tapa de la caja, sólo unos centímetros. Pero luego la abrió un poquito más.

El vestido era de confección y parecía un sueño hecho de seda.

—La pasión duele —se recordó a sí misma.

Pero mientras lo decía metía la mano en la caja para tocar la seda del vestido...

Tampoco pasaría nada por mirar, pensó. Incluso podría ser un buen ejercicio para ella. Su relación con Chuck, su compromiso roto seis meses antes, eran cosas del pasado.

Además, seguramente el vestido sería feísimo. Mirarlo y no sentir nada... no, mejor aún, encontrarlo horrendo, sería una prueba de que había dejado atrás todas esas tonterías románticas.

Molly Michaels era una profesional absolutamente dedicada a su trabajo como Directora de Proyectos en Segunda Oportunidad. Un trabajo que consistía en seleccionar, implementar y mantener los programas de ayuda en los barrios pobres de Nueva York.

—Me encanta mi trabajo, estoy totalmente satisfecha —murmuró—. Totalmente. De modo que sacó el vestido de la caja y pasó una mano por la falda de seda.

Era ridículo; el romance convertido en vestido de novia. Etéreo como una nube, suave como un suspiro, las capas de seda llevaban diminutas perlas y florecitas cosidas al corpiño. La etiqueta, de un famoso diseñador, dejaba claro que alguien se había gastado una fortuna.

Y el hecho de que hubiera aparecido en la oficina era la demostración de que todos esos sueños románticos solían acabar mal. ¿Quién enviaría un vestido de novia, el mejor recuerdo de un día tan especial, a una organización benéfica si las cosas hubieran ido bien?

De modo que no sólo ella estaba desilusionada con el amor.

Al contrario, le pasaba a todo el mundo.

Aun así, a pesar de sus esfuerzos por convencerse de que tenía razón, no podía negar un cosquilleo en el estómago al mirar el vestido. Amor, almas gemelas, risas

compartidas, largas conversaciones. No estar sola.

Molly se enfadó consigo misma por pensar eso, aunque fuera sólo un momento. Ella quería matar ese anhelo absurdo y lo más lógico sería volver a guardar el vestido en la caja y pedirle a la recepcionista, Tish, que lo enviase a alguna de las tiendas de la organización.

Desafortunadamente, Molly nunca había sido una persona muy lógica. Y tampoco le había pasado desapercibido que el vestido era de su talla.

Por impulso, decidió que la mejor manera de enfrentarse con sus sueños rotos era probárselo. Se enfrentaría con la novia que no sería nunca frente al espejo, pensó, y así recuperaría su convicción de que el amor no servía para nada.

¿Cómo podía ella creer esas tonterías? ¿Por qué las continuas broncas entre sus padres, su inevitable divorcio y los matrimonios de su madre no la habían preparado para la vida real? No, en lugar de convertirla en una descreída, su triste infancia había hecho que anhelase todo eso.

Y ese anhelo había sido tan fuerte como para hacer que ignorase la vocecita que le advertía contra Chuck. Al principio no, claro.

Al principio todo había sido maravilloso. Pero pronto había empezado a pillarlo en pequeñas mentiras, citas a las que no acudía...

Lo había perdonado diciéndose a sí misma que estaba enamorada y que una persona enamorada debía perdonar. Pero había perdonado demasiados retrasos, demasiadas faltas de consideración, su mal humor, la falta de entusiasmo por las cosas que a ella le gustaban. Incluso había logrado minimizar el hecho de que el anillo de compromiso tenía un diamante vergonzantemente pequeño y que sus esfuerzos por buscar una fecha para la boda se encontraban siempre con alguna excusa.

En otras palabras, estaba tan emocionada con su fantasía del amor que había excusado y tolerado un comportamiento que, visto ahora, era inaceptable.

Y estaba ansiosa por demostrarse a sí misma que un vestido como aquél ya no tenía ningún poder sobre ella. Ninguno. Sus días de ser romántica hasta el punto de ser patética habían terminado.

Molly Michaels era una mujer nueva, una mujer que podía probarse un precioso vestido de novia y reírse de lo que significaba: bebés, una cunita al lado de la cama, correr tras los niños por la playa, abrazar a su pareja frente a una chimenea encendida, el hombre de sus sueños diciéndole palabras de amor.

—El hombre de los sueños, desde luego —murmuró—. Porque en la vida real no existe un hombre así.

No era fácil ponerse el vestido y eso debería haberla hecho desistir, pero estaba más decidida que nunca; un curioso paralelismo con su relación rota.

Cuanto más difícil era la relación con Chuck, más intentaba ella que funcionase.

Por fin encontró el hueco para sacar la cabeza, pero se le enganchó el pelo en una de las perlitas y cuando por fin consiguió soltarlo el destino hizo un esfuerzo más por

convencerla de que detuviese aquella estupidez: el vestido no estaba diseñado para que se lo pusiera una persona sola.

Aun así, después de haber llegado tan lejos, contorsionándose como una artista de circo, Molly consiguió abrocharlo, aunque en el proceso sufrió un tirón en el hombro.

Con el vestido puesto y abrochado al fin, respiró profundamente y se volvió para mirarse en el espejo que colgaba de la puerta.

Cerrando los ojos, le dijo adiós a la tonta romántica y luego, respirando profundamente, los volvió a abrir.

Y entonces sintió que su intento de convertirse en una cínica se disolvía con la consistencia de un terrón de azúcar en una taza de leche caliente. De hecho, todo se disolvió: la oficina, los proyectos que tenía que estudiar, los sonidos del East Village al otro lado de la ventana...

Había esperado que su fantasía romántica quedase reducida a cenizas al verse al espejo. Sería sólo ella, demasiado alta, demasiado delgada; la pelirroja y pálida Molly Michaels con un vestido de novia. No cambiada por el vestido. No *completada* por el vestido.

Pero delante de ella había una princesa.

El moño que solía llevar se había deshecho durante la pelea con el vestido y su pelo rojo caía como una cascada sobre los hombros. Su piel no parecía pálida y aburrida en contraste con la blanca seda sino de porcelana. Y sus ojos brillaban como un campo irlandés en primavera.

El corte del vestido le había parecido virginal antes de ponérselo. Ahora podía ver que el escote era un pecado y que la rica seda se pegaba a sus curvas dándole un aspecto sensual, tentador.

—Esto no es lo que yo esperaba —murmuró.

Se ordenó a sí misma quitarse el vestido inmediatamente, pero en lugar de hacerlo empezó a posar frente al espejo.

—Habría sido una novia preciosa —dijo, suspirando.

Enfadada consigo misma, y con su debilidad, echó una mano hacia atrás para desabrochar la cremallera, pero se había enganchado.

Aunque no le gustaba lo que acababa de descubrir sobre sí misma, que esas nociones románticas parecían estar grabadas a fuego en su corazón y no había manera de borrarlas, no era capaz de rasgar el vestido para librarse de él.

Intentó quitárselo sin desabrochar la cremallera, pero era demasiado ajustado y, además, su pelo volvió a engancharse en las perlititas.

Era como si el vestido, y sus ideas románticas, estuvieran diciéndole que no iba a librarse por mucho que quisiera.

Entonces sonó el teléfono. Dos veces. Las dos llamadas de Vivían Saint Pierre, conocida por todos como «la señorita Viv», la querida fundadora de Segunda Oportunidad.

La señorita Viv y ella eran siempre las primeras en llegar a la oficina y, en lugar

de contestar, Molly salió de su despacho para pedirle ayuda.

La señorita Viv sabría inmediatamente por qué se había probado el vestido y luego, mientras bajaba la cremallera, le diría algo consolador.

A la señorita Viv nunca le había gustado Chuck Howard. Cuando llegó a la oficina ese día, seis meses antes, sin el anillo de compromiso, se había limitado a asentir con la cabeza.

—Me alegro de que te hayas librado de ese sinvergüenza.

Y eso antes de que Molly le contase que su cuenta corriente estaba tan vacía como su dedo.

Ésa era exactamente la pragmática visión que necesitaba cuando un vestido como aquél intentaba cargarse todo lo que había aprendido de su compromiso roto.

Con suerte, haberse quedado enganchada en el vestido de novia no sería más que una broma.

Decidida a tomárselo así, Molly entró en el despacho canturreando la Marcha nupcial.

Pero al ver la expresión de la señorita Viv, dejó de canturrear. Porque no parecía divertida, parecía horrorizada.

Y cuando miró hacia su izquierda supo por qué.

A pesar de ser muy temprano, la señorita Viv no estaba sola.

Había un hombre sentado frente a su escritorio. No, no sólo un hombre, el tipo de hombre con el que soñaban todas las mujeres.

No era sólo guapo, era guapísimo. Pelo oscuro y espeso, labios firmes, una mandíbula fuerte con hoyito incluido, una nariz salvada de la perfección por estar ligeramente torcida y con una cicatriz casi invisible sobre el puente. Aunque precisamente por eso resultaba aún más atractivo.

El aire de seguridad, de éxito, que transmitía se destacaba por el traje de chaqueta italiano, la camisa color marfil y la corbata de seda en tonos grises.

El conjunto podría parecer muy conservador si no fuera porque hacía juego con el color de sus ojos. Y el corte del traje enfatizaba más que esconder su físico atlético.

El poder que transmitía estaba, además, en el brillo de sus ojos. A pesar de su aspecto educado, el brillo de esos ojos grises la hacía pensar en un pistolero.

De hecho, ése era exactamente el color de sus ojos: gris metal, como el de una pistola.

A pesar del traje italiano, de los zapatos Berluti y del Rolex de oro que llevaba en la muñeca, era el tipo de hombre que se sentaba de espaldas a la pared y frente a la puerta. Siempre en guardia.

Si el edificio se incendiase o el barco se hundiera, aquél sería el hombre del que todos dependerían. Aquél sería el hombre al que ella siguiera.

Una conclusión absurda ya que estaba recientemente comprometida a depender sólo de sí misma, a agarrarse a su carrera y a sus compañeros de trabajo para salvarse de la soledad. El periquito que tenía en casa, el último de una larga lista de animales

abandonados, también ayudaba un poco.

Y, por supuesto, aquel hombre tan atractivo que había aparecido en el despacho de su jefa a esas horas un lunes por la mañana era, como el vestido, una prueba de fuego para su compromiso de ser independiente. Un examen para demostrar que era capaz de separar la realidad de los sueños.

Con la imagen que proyectaba, una total seguridad y una sexualidad abrumadora, probablemente más de una mujer se habría hecho ilusiones de un final feliz con él. Pero si su dedo anular, y la expresión con la que miraba el vestido, eran una indicación, el extraño no tenía la menor intención de buscar un final feliz.

—Lo siento —se disculpó Molly cuando pudo encontrar su voz—. Pensé que estaba sola, señorita Viv.

—Y vas vestida de novia —dijo ella.

Normalmente imaginativa, a Molly no se le ocurría una sola razón para explicar su presencia y mucho menos ese atuendo.

—Se me ha enganchado la cremallera, pero me las arreglaré. Perdón.

Estaba intentando salir del despacho cuando el desconocido se dirigió a ella:

—¿Se le ha enganchado el pelo en la cremallera?

Su voz era tan sensual como la seda del vestido y Molly sintió que le ardían las mejillas.

—Un poco, pero no importa —respondió, levantando la barbilla en un gesto de orgullo. Claro que lo único que consiguió con eso fue recibir un tirón en el cuero cabelludo.

El hombre se levantó de la silla con la gracia de un atleta. Y a toda velocidad porque estaba delante de ella antes de que Molly hubiera podido darse la vuelta.

Lo inteligente sería salir corriendo, pero se quedó donde estaba, inmóvil, como si sus pies estuvieran clavados al suelo.

Y el mundo pareció detenerse un momento. Era como si la frenética actividad de la ciudad cesase de repente; los sonidos se disiparon y la señorita Viv desapareció como por arte de magia.

Como si estuviera acostumbrado a rescatar a damiselas en apuros, el extraño levantó el cuello del vestido con una mano y con la otra soltó el mechón de pelo que estaba enganchado.

Molly tuvo que tragar saliva cuando el roce de sus dedos hizo que se derritiera cierto sitio que había esperado se convirtiera en hielo para siempre.

El momento duró una eternidad y no lo suficiente. Su proximidad le robaba el aliento, pero debía estar respirando porque le llegaba su aroma. Un aroma poderoso, masculino, una mezcla de cara colonia masculina, jabón y camisa recién planchada.

Estaban tan cerca que podía ver sus facciones con toda claridad y se maravilló al ver la cicatriz en el puente de su nariz, el brillo de sus ojos grises. Él, sin embargo, estaba totalmente concentrado en apartar su pelo de la perla que lo mantenía cautivo.

Aparentemente, no lo afectaba en absoluto verla en aquella situación, no lo

afectaba para nada su proximidad...

Sonrió cuando por fin soltó el mechón de pelo y Molly sintió que se hundía en esas pupilas grises, de repente iluminadas por el sol.

—¿Dice que la cremallera se ha atascado?

Oh, no. ¿Lo había dicho? No lo recordaba siquiera. Pero, sin pensar, se dio la vuelta para ofrecerle su espalda y se quedó esperando. Eso sería lo que hiciera el novio en la noche de bodas, pensó entonces, y justo en ese momento el extraño la tocó.

Molly sintió el roce de su mano en el cuello. Sus sentidos estaban tan alerta que oyó el crujido de la cremallera, registró la dura textura de sus dedos.

Parecía un hombre muy serio, un banquero tal vez, un benefactor millonario. Pero no había nada en sus manos que sugiriese una vida cómoda tras un escritorio. Por alguna razón se le ocurrió que eran las manos de alguien que usaba cuerdas, que escalaba montañas. Un pirata, sí, eso era, un pirata.

Cuando bajó la cremallera del todo sintió la caricia del aire fresco en la espalda y luego, aunque no volvió la cabeza, una ola de calor. ¿Su mirada?

Molly tuvo que luchar contra un ataque de pánico que le pedía que saliera corriendo.

—Ya está —dijo él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Gracias —murmuró ella, haciendo un esfuerzo para que su voz sonara más o menos serena—. Siento mucho haber interrumpido.

—No te preocupes —dijo la señorita Viv, cuya presencia Molly había olvidado por completo—. Te llamé a tu oficina porque quería presentarte al señor Whitford. Yo me voy de vacaciones y él se quedará al mando.

Molly miró de uno a otro, perpleja.

—Houston Whitford, Molly Michaels —los presentó la señorita Viv.

La presentación parecía ridículamente formal considerando el grado de intimidad que acababan de compartir.

Aun así, se sintió obligada a ofrecerle su mano.

¿Houston Whitford estaba a cargo de Segunda Oportunidad? ¿Cómo podía ser? Ella siempre se quedaba a cargo cuando su jefa tenía que ir de viaje.

¿Y la señorita Viv se iba de vacaciones, pero no se lo había dicho a nadie? Qué raro. Segunda Oportunidad era como una familia, mucho mejor que su verdadera familia en realidad.

—Va a haber algunos cambios —dijo ella entonces—. Y nadie está más cualificado para hacerlos que el señor Whitford. Tengo la certeza de que Segunda Oportunidad va a florecer bajo su mando, así que estoy encantada de pasarle las riendas.

¿La señorita Viv dejaba Segunda Oportunidad?

La sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies aumentó cuando Houston Whitford estrechó su mano.

Aquel hombre no era el tipo de persona que trabajaba en una organización benéfica. Su traje decía algo que contradecían sus manos; que estaba acostumbrado al mundo de las altas finanzas. Y lo único «alto» en Segunda Oportunidad era la satisfacción que sentían los que trabajaban allí, la sensación de estar haciendo algo por los demás. El traje que llevaba debía costar el presupuesto mensual de la organización, pensó. Houston Whitford no pegaba nada con el ambiente informal y más bien desastrado.

Allí había algo que no cuadraba. Y estaba segura de que los cambios seguían a un hombre así como la lluvia seguía a la tormenta de truenos.

«Molly», le había dicho su padre un día antes de marcharse de casa, «me temo que va a haber algunos cambios».

Y ella era alérgica a los cambios desde entonces. Ella quería que su mundo siguiera como hasta aquel momento y ese deseo había aumentado después de su fracaso con Chuck. Desde entonces, Segunda Oportunidad había sido más su refugio que nunca.

—¿Qué tipo de cambios? —le preguntó, intentando disimular su nerviosismo.

—El señor Whitford te lo contará, cuando te hayas puesto un atuendo más apropiado —contestó la señorita Viv, mirando su reloj—. Ay, Dios mío, tengo que tomar un avión. Me voy a un spa en Arizona, cariño.

—¿Se marcha a un spa en Arizona y no se lo ha dicho a nadie?

—La oportunidad apareció de repente —contestó la señorita Viv, con una sonrisa en los labios—. Un regalo inesperado de un amigo.

Molly intentó alegrarse por ella. Nadie merecía una sorpresa maravillosa más que su jefa.

—¿Durante cuánto tiempo?

La verdad era que no se alegraba en absoluto de su buena fortuna. Cambios repentinos. Ella odiaba los cambios repentinos incluso más que los de la variedad normal.

—Dos semanas.

¿Dos semanas? Aquello era ridículo. La gente iba a un spa durante unas horas, un par de días como máximo. Nunca durante dos semanas.

—¿Y cuando regrese todo volverá a la normalidad?

La señorita Viv soltó una carcajada.

—Cariño, ¿qué es normal?

¿Qué era normal? Normal era lo que ella quería. Nunca había tenido una familia normal. Su compromiso con Chuck no había sido normal. Era como si llevase toda su vida buscando algo normal y sin encontrarlo. Ni siquiera sus mascotas eran normales.

Su vida había estado poblada de animales que nadie más quería: un perro con tres patas, un gato que no sabía maullar. Lo que tenía en casa en aquel momento era un periquito sin plumas.

—He estado pensando en retirarme, ¿y quién sabe? Cuando pasen las dos

semanas ya veré lo que hago.

Molly hubiera querido protestar, decirle que no la había avisado, que no podía retirarse así, de repente. A ella le gustaban las agendas, los calendarios que estaban marcados con meses de antelación.

Si la señorita Viv se retiraba, ¿Houston Whitford estaría a cargo de Segunda Oportunidad para siempre?

No se le ocurría una manera de preguntar sin mostrar el pánico que eso le producía.

Además, no había un «para siempre», se recordó a sí misma. Por eso precisamente se había puesto el vestido, para olvidarse del mito.

Particularmente no quería pensar en esa expresión teniendo a Houston Whitford tan cerca, un hombre que con un simple roce podía hacer que sus promesas de ser independiente se desintegrasen como las bases de un edificio de madera ante los primeros temblores de un terremoto.

Capítulo 2

La novia salió del despacho y unas palabras inesperadas aparecieron en la mente de Houston:

«Y vivieron felices para siempre».

Sí, era cierto que un vestido como aquél, sobre todo si lo llevaba puesto una chica como Molly Michaels, representaba un cuento de hadas, pensó, haciendo una mueca.

Pero que el pelo se le hubiera quedado enganchado y que la cremallera se negase a bajar representaba la realidad: las relaciones sentimentales eran complicadas, difíciles y solían hacerte sentir atrapado.

Además, un hombre como él no creía en los cuentos de hadas. Él creía en su propia fuerza, en su habilidad para sobrevivir. Y veía el cinismo con el que miraba ese vestido de novia como un don.

De hecho, la inesperada aparición de una empleada de Segunda Oportunidad vestida de novia sólo confirmaba lo que varias semanas de investigación le habían dejado claro.

Segunda Oportunidad le recordaba dolorosamente a una librería familiar mal organizada. Todo el mundo se sentía atraído por ella, siempre estaba llena de gente y de risas, pero cuando llegaba el momento de comprar un libro no podía competir con las grandes cadenas, más grandes, más económicas, más eficientes. Así era como a él le gustaban los negocios, funcionando como máquinas bien engrasadas. Sin novias, sin adorables ancianitas al mando.

Houston tuvo que hacer un esfuerzo para no tocar la cicatriz en el puente de la nariz, que últimamente le dolía a menudo. ¿Había empezado a doler cuando, en un momento de debilidad, aceptó echar una mano en Segunda Oportunidad? Aquél no era su tipo de trabajo. Él lidiaba con realidades, con hechos. ¿Cómo iba a cuadrar en su mundo una empresa con empleadas vestidas de novia y octogenarias tras un escritorio?

—Y ésa era nuestra Molly —dijo La señorita Viv—. ¿No es encantadora?

—Encantadora —murmuró Houston, pensando en la segunda parte de su misión.

La señorita Viv le había confesado que estaba pensando retirarse y que, como quería mucho a Molly, la consideraba su sucesora natural. Pero estaba un poco preocupada y quería conocer su opinión porque temía que Molly fuese demasiado blanda para llevar el timón de Segunda Oportunidad.

—¿Se lo está probando para el día de su boda?

Molly le había parecido la clase de chica con la que un hombre menos cínico y ajado que él, un hombre que creyera en cuentos de hadas y finales felices, se casaría de inmediato.

Pero ni siquiera le gustaba la dirección que estaban tomando sus pensamientos. ¿Qué estaba haciendo Molly Michaels con un vestido de novia en su lugar de trabajo? ¿Qué decía eso sobre la personalidad de la posible directora de Segunda

Oportunidad?

El trabajo que no había querido estaba empezando a parecerle menos atractivo por segundos. Total profesionalidad era una de sus exigencias para las empresas que él colocaba en el camino del éxito.

—No, no se lo está probando para su boda —contestó la señorita Viv, dejando escapar un suspiro—. Todo lo contrario, me temo. Su compromiso se rompió antes de que eligieran una fecha para la boda. En realidad, fue una bendición, aunque la pobrecita entonces no lo podía ver así. No ha sido ella misma desde que ocurrió.

En cualquier otro momento habría dejado claro que no quería saber nada sobre la vida personal de los empleados, pero aquel trabajo era diferente a los demás. Y estaba hablando con la señorita Viv.

Pero si un hombre era tan tonto como para creer en finales felices y le pedía a una chica como Molly Michaels que se casara con él, ¿por qué después era tan tonto como para dejarla escapar?

Porque «encantadora» era decir poco. Los ojos de Molly, la sensual curva de sus labios, por no hablar de las curvas de su esbelta figura, no eran sólo encantadoras, sino terriblemente seductoras.

¿Era por eso por lo que se había levantado de la silla para ayudarla? No para rescatarla de su predicamento sino para comprobar si era *sexy* o inocente. Él, que no era un boy scout, no era dado a hacer buenas obras, otra razón por la que no debería estar allí.

¿Su deseo de saber algo más sobre Molly Michaels era personal o profesional?, se preguntó. Tenía la impresión de que en Segunda Oportunidad esas líneas siempre habían sido un poco borrosas.

Él era el presidente de Soluciones Precisas, una compañía especializada en rescatar empresas con problemas, generalmente grandes compañías, del desastre. En su posición se exigía, entre otras cosas, fuerza y una formidable habilidad para no dejarse llevar por las emociones.

Era un hombre ambicioso y, en ocasiones, despiadado y eso no pegaba nada en Segunda Oportunidad. Ni siquiera estaba interesado en las empresas benéficas, pero la mujer que tenía delante era un recordatorio de que ningún hombre dependía sólo de sí mismo.

Estaba allí, en Segunda Oportunidad, porque tenía una deuda pendiente. Su madre, Beebee, había sugerido que ayudase a la señorita Viv, de modo que era algo personal incluso antes de que entrase la novia.

Beebee era su madre de acogida, aunque ésa era una distinción de la que no solía acordarse. Beebee había estado a su lado cuando su verdadera madre se marchó y era la primera persona a la que le había importado de verdad. Le debía la vida a su compasión y lo sabía.

La señorita Viv era la mejor y más antigua amiga de su madre, parte de ese increíble grupo de mujeres que habían decidido ayudar a un duro chico de la calle y

habían visto algo en él que nadie más parecía haber visto hasta entonces.

Y uno no decía: «lo siento, estoy ocupado» cuando tenía tal deuda.

Todo había empezado un mes antes, cuando organizó una fiesta de cumpleaños para Beebee en su recién comprado dúplex en la Quinta Avenida, frente a Central Park.

Beebee y «las chicas» se mostraron encantadas con el portero uniformado, el lujo del vestíbulo, los ascensores, los pasillos. En el interior del multimillonario apartamento no faltaba un detalle, desde madera de roble en los suelos.

Pero a mitad de la fiesta, la señorita Viv había sacado el tema de Segunda Oportunidad, la organización benéfica que dirigía y que todas las «chicas» apoyaban. Y les confesó que tenían problemas económicos que no sabía cómo resolver.

—Houston te ayudará, ¿verdad, cariño? —había sugerido su madre.

Todos los ojos se habían vuelto hacia él y, en un segundo, dejó de ser el presidente de una importante compañía para convertirse en el pequeño rufián que había sido. El pobre chaval rescatado de la calle, desesperado por demostrar que bajo esa fachada de chico duro había una buena persona.

Pero después de la debilidad inicial que lo hizo aceptar, había puesto unas reglas. Si querían su ayuda, las cosas se harían a su manera, sin interferencias de nadie, sin que nadie le llevara pasteles a casa para convencerlo de que todo debía seguir como antes porque ésa era precisamente la razón por la que Segunda Oportunidad tenía problemas.

Y, sobre todo, sin mencionar su pasado.

—¿Pero por qué no, Houston? Todas estamos tan orgullosas de ti.

Beebee y sus amigas no estaban orgullosas de él sólo porque se hubiera convertido en un famoso y respetado empresario. No, ellas eran las que recordaban al chico del barrio Clinton, un vecindario que una vez había sido conocido como La Cocina del Infierno.

Veían como algo admirable que hubiera sido capaz de superar esas circunstancias: el abandono de su madre, que su padre estuviera en la cárcel. Pero era algo que él no quería recordar.

Beebee y la señorita Viv dispensaban caridad con la misma facilidad con la que respiraban, pero por muy buena intención que tuviesen no entendían cuánto lo avergonzaba su pasado. Cuánto lo avergonzaba haber estado tan necesitado y ser tan vulnerable. Y no se disculpaba por haber tenido entonces sólo catorce años.

Aún a veces sentía que era ese pobre chico, ese objeto de piedad que habían rescatado como si fuera un gatito abandonado.

¿Se sentía inseguro sobre su pasado? No, pero era algo que había dejado atrás. Él siempre había tenido la habilidad de colocar su vida en compartimentos estancos; su necesidad de orden y concierto no dejaba sitio al caos.

Pero entonces pensó en la carta que había llegado a su casa la semana anterior; un sobre barato con el remite de una prisión sobre el carísimo escritorio de caoba, la

señal de que un hombre no siempre podía evitar que los dos mundos se encontrasen.

Houston no le había contado a nadie lo de esa carta, ni siquiera a la persona que lo sabía todo sobre él: Beebee.

¿Era por eso por lo que había decidido enviarla a Arizona durante dos semanas con la señorita Viv?

Sí, seguramente. Y no sólo porque sabía que tarde o temprano acabarían por compartir su «emocionante» pasado con cualquiera que quisiera escucharlas, incluyendo los empleados de Segunda Oportunidad, sino porque no quería contarle a Beebee lo de la carta. Pensar en esa carta lo hacía sentir vulnerable, como si su más preciada posesión, el control, le fuera arrebatado. Y eso lo horrorizaba.

Y había algo en aquel sitio, la propia naturaleza de la empresa, la señorita Viv y su historia, el aspecto de Molly, sensual y virginal a la vez con ese vestido de novia, que lo hacía sentir como si hubieran atacado sus defensas.

Él era un hombre orgulloso y ese orgullo lo había ayudado en momentos en los que todo lo demás fallaba. No quería que su pasado le restase autoridad para rescatar la organización cambiando la forma en la que la gente lo miraba.

Y cuando la gente se enteraba de su historia lo miraban de otra forma.

Estaba absolutamente seguro de que Molly, por ejemplo, entraría en esa categoría, la de los corazones blandos. Aprovecharía cualquier oportunidad para tratarlo como si fuera un gatito que había estado a punto de ahogarse y él no tenía la menor intención de que así fuera.

—Hablemos de Molly Michaels —dijo entonces—. Me gustaría que me contase...

—No seas duro con ella —lo interrumpió la señorita Viv—. No la juzgues por ese vestido de novia. Sólo estaba jugando y, la verdad, me alegra ver que está más animada.

Jugando. A él le gustaban las mujeres juguetonas. En el dormitorio.

¿En la oficina? No tanto.

—No tengo intención de hacerle daño.

—Por favor, no hieras sus sentimientos.

¿Sus sentimientos? ¿Qué tenían que ver los sentimientos con llevar una organización benéfica, con esperar lo mejor de todos los empleados, con exigir excelencia?

—Le han roto el corazón hace poco. Un sinvergüenza, claro —siguió la señorita Viv.

Houston se apretó el puente de la nariz entonces, absurdamente furioso. No contra la señorita Viv o Molly sino contra aquel canalla por romperle el corazón a una mujer a la que no conocía, salvo por la exquisita suavidad de su piel.

Esa furia absurda contra un desconocido, una reacción poco disciplinada, desapareció casi inmediatamente, pero sirvió para recordarle que las cosas no estaban siempre perfectamente organizadas en compartimentos, que no había superado su

pasado tanto como creía.

Él provenía de un mundo donde la violencia era la reacción más inmediata y sabía que si bajaba la guardia y perdía su legendario autocontrol por un segundo podría convertirse en un hombre como su padre. Y que su mundo, cuidadosamente organizado, volaría en pedazos empujado por la furia y la pasión.

Ésa era la razón por la que no se permitía a sí mismo contemplar la vida en el contexto de cuento de hadas representado por una chica vestida de novia. No había sitio en su vida para eso.

Su padre le había escrito una carta en la que no le pedía nada ni esperaba nada. Y, sin embargo, Houston sabía que su reacción a esa carta demostraría quién era en realidad.

Después de diecinueve años, su padre iba a salir de la cárcel.

Y era como si todos esos años, en los que había intentado con todas sus fuerzas alejarse del pasado, no hubieran servido de nada.

Porque allí estaba, esperándolo.

La cicatriz del puente de la nariz empezó a doler de nuevo y Houston puso un dedo sobre la línea donde se la había roto, sabiendo que estaba entrando en una zona más peligrosa que las calles de Clinton.

—Siéntate, Molly —murmuró Houston unas horas más tarde, después de haber llevado a Beebee y a la señorita Viv al aeropuerto.

—Gracias —Molly se sentó frente al escritorio, juntó primorosamente las manos sobre el regazo y lo miró, expectante.

Era su segundo encuentro con ella y estaba decidido a que fuese diferente al primero. Y lo ayudaba que la señorita Viv no estuviera allí, con su expresión bondadosa.

Y también ayudaba que Molly Michaels se hubiera quitado el vestido de novia. Ahora llevaba un clásico traje de chaqueta, su pelo rojo sujeto en un elegante moño.

Era muy fácil recordarla con el vestido de novia, recordar la suavidad de su piel... pero Houston no estaba dispuesto a permitírselo porque ése era el tipo de pensamiento que volvía loco a un hombre.

—Siento mucho lo del vestido. Debes pensar que estoy loca.

¿Loca? Su padre se había vuelto loco por una mujer bella, su madre.

¿A quién no había vuelto loco? Hermosa pero intocable, los dos la querían desesperadamente, algo que parecía divertirla, que le permitía jugar con ellos. ¿La verdad? Houston también habría robado un banco por ella si con eso hubiera conseguido su cariño.

Pero recordar lo que su madre jamás había sido capaz de darle hizo que se enfadara consigo mismo.

—¿Loca? No, digamos que un poco excéntrica.

Al ver que se ponía colorada su reacción fue muy poco disciplinada, muy poco profesional; sintió un ridículo deseo de descubrir qué la hacía ruborizarse y hacerlo a menudo.

—¿Llevas mucho tiempo en Segunda Oportunidad?

—Varios años. Pero empecé como voluntaria cuando estaba en el instituto.

—Deja que te sea sincero —dijo él entonces, mirando los papeles que tenía delante en lugar de mirar la delicada piel de su cuello—. Segunda Oportunidad tiene serios problemas. Tenemos que darle la vuelta a la situación y hay que hacerlo lo antes posible.

—¿Tenemos problemas económicos? —exclamó Molly, sorprendida—. ¿Pero por qué? Las tiendas de ropa de segunda mano van bastante bien.

—Van bien, pero no hay fondos suficientes. No se puede llevar una empresa que maneja casi un millón de dólares al año como si fuera una tiendecita familiar. Y no se le puede dar algo a todo el que entre pidiendo.

—Yo no hago eso. Soy muy cuidadosa con los proyectos que patrocino.

Houston vio que, de nuevo, se ponía colorada, pero no había otra forma de prepararla para los cambios que estaban por llegar.

—¿Dos mil dólares para el coro de Flatbush? No hay coro en Flatbush.

—Eso lo sabemos ahora —se defendió Molly—. Entonces acababa de empezar a trabajar aquí y... en mi despacho aparecieron seis niños adorables, todos con el mismo jersey. Incluso me cantaron una canción.

—Aquí hay un cheque para el club de amas de casa de Bristol, sin documentación, sin informe previo. ¿Existe un club de amas de casa en Bristol? ¿Qué hacen, a qué se dedican? ¿Cuándo se reúnen?

—Ese proyecto no lo aprobé yo. La señorita Viv se encarga de ello.

—De modo que tú eres la directora de proyectos, salvo cuando de ellos se encarga la señorita Viv.

—Ella es la jefa —dijo Molly.

—No estoy cuestionando tu profesionalidad.

Ella lo miró con expresión incrédula. Y era comprensible.

—Segunda Oportunidad va a tener que apretarse el cinturón, Molly. Necesito que investigues estos proyectos, que revises los archivos y hables con la gente. Necesito informes sobre cómo se eligen los proyectos, revisar los presupuestos y analizar el sistema de revisiones. ¿Cuándo podrías tenerlo todo?

—¿En una semana?

Una ejecutiva debería trabajar más rápido, tomar decisiones a toda velocidad.

—Tienes hasta mañana por la mañana.

Molly lo fulminó con la mirada, pero eso era bueno porque el brillo furioso de sus ojos verdes casi lo hacía olvidar su pelo rojo, la suavidad de su piel. Casi.

—He estado echando un vistazo a los informes y me temo que va a haber que hacer recortes y cuanto antes mejor. He hecho una lista de los que hay que cargarse

de inmediato.

—¿Cargarnos proyectos ya aprobados? —exclamó ella, atónita.

—Me temo que sí.

No se sentía en absoluto como el caballero andante defendiendo a la damisela en apuros. Al contrario, se sentía como un canalla. Pero si hacía bien su trabajo garantizaría que Segunda Oportunidad pudiera seguir adelante durante años.

—¿Cuáles?

Lo miraba como si le estuviera pidiendo que eligiera a cuál de sus hijos había que meter en una cesta y lanzarlo al río. Pero él no se sentía culpable por hacer su trabajo. En realidad, lo más sensato sería decir que no «sentía». Punto.

—Tenemos que tomar decisiones prácticas pensando en el futuro de la organización, Molly.

—¿Tan mal estamos? ¿Cómo es posible? La señorita Viv no me ha dicho una palabra. Ni siquiera parecía preocupada cuando se marchó.

En realidad, Houston le había ocultado el problema. La señorita Viv y su madre, la persona que aportaba más dinero a la organización, confiaban en que él lo solucionase todo. Y lo haría. Ninguna de las dos tenía por qué saber que estaban hasta el cuello. Pero Molly Michaels, jefa de proyectos, sí tenía que saberlo.

—La situación es preocupante —murmuró, tomando una carpeta—. Tenemos que cargarnos el concurso de poesía y esto de los vestidos para el baile de graduación...

—¿Sueños de graduación? —exclamó Molly—. No puedes cargártelo. Tú no sabes lo que significa para esas chicas.

—Estamos hablando de unos vestidos de fiesta... ¿tú sabes lo que es pasarlo realmente mal? —le espetó Houston entonces.

—Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña —dijo Molly—. Yo creo que ése fue el peor momento de mi vida.

Afortunadamente no dijo nada del canalla con el que había estado a punto de casarse. Pero había un brillo de tristeza en sus ojos, y él debía tener una predisposición natural para dejar que las mujeres lo volvieran loco porque, absurdamente, deseó poder borrarlo.

¿Por qué tenía que aparecer esa predisposición natural precisamente en aquel momento? Aparte de su negocio y las horas de boxeo en el gimnasio, algo que había empezado a hacer cuando tenía catorce años porque Beebee pensó que sería una buena forma de canalizar su exceso de energía, nada más le importaba de verdad.

No quería que nada más le importase. Tanto el negocio como el boxeo seguían unas reglas fijas y producían los resultados esperados. Y por eso eran seguros. Unos nudillos magullados o un problema empresarial no eran nada comparado con el campo de minas en el que uno entraba cuando se encariñaba con alguien porque el resultado era raramente predecible.

No, él sabía exactamente cómo iba a canalizar su pasión y su energía.

—¿Has pasado hambre alguna vez? —le preguntó.

—No —contestó Molly, sorprendida—. Pero creo que puedo imaginar lo desesperante que debe ser no tener nada que comer.

—¿De verdad?

Él sí había pasado hambre. Muchas veces. Entonces recordó algo que había intentando apartar de su memoria: en la casa no había absolutamente nada que comer y fue a la panadería de Sam, en la esquina. Con el corazón acelerado, se abrió paso entre la gente. Sam estaba ocupado, de espaldas a él, y Houston alargó la mano para tomar una barra de pan que sobresalía de una cesta. Pero cuando levantó la cabeza Sam estaba mirándolo. No dijo nada y Houston se avergonzó tanto de la compasión del panadero que no pudo comerse el pan.

Molly estaba mirándolo, seguramente perpleja, y Houston se aclaró la garganta.

—¿Has estado sin trabajo alguna vez?

—Pues... supongo que contará el verano que estuve trabajando aquí como voluntaria en lugar de buscar un trabajo en el que me pagasen.

—No porque tú decidiste hacerlo, de modo que nunca has tenido que pasar auténticas dificultades.

—Eso no me convierte en una mala persona. Y tampoco dice que no esté cualificada para hacer mi trabajo.

—No, desde luego que no —murmuró Houston—. Sólo estoy diciendo que cuando eliges proyectos podrías no tener en cuenta la dura realidad de la gente que de verdad necesita ayuda.

Entonces apareció otro recuerdo: su padre sin trabajo, borracho. Su madre gritándole que era un inútil, la rabia, los platos rotos, los puños levantados.

Houston se daba cuenta de que debía controlarse, pero no era capaz de hacerlo.

—¿Has vivido alguna vez en la calle?

—No, claro que no.

Él sí había tenido que vivir en la calle. Recordaba el día que los echaron de la casa, ese momento en el que supo que no tenían dónde ir, esa sensación de que el sitio que había creído su hogar para siempre era una ilusión. Una sensación confirmada cuando las vidas de los Whitford se convirtieron en una auténtica catástrofe.

—¿Estamos lidiando con personas desesperadas y tú das dinero para comprar vestidos de fiesta?

Sabía que estaba siendo demasiado duro y se ordenó a sí mismo pedir disculpas, dar marcha atrás, pero la expresión de Molly se transformó entonces.

Lo sabía.

Houston se sintió tan transparente como un vaso de cristal.

—Tú has pasado por todo eso, ¿verdad?

La verdad era que preferiría correr desnudo por Central Park antes que contarle su vida a nadie. Y le sorprendía que una parte de él, la parte más débil, quisiera que Molly lo supiese.

—No podemos seguir adelante con el proyecto de los vestidos de graduación. Pero eres tú quien tendrá que informar de que el proyecto se ha cancelado.

Molly se mordió los labios y Houston vio que tenía lágrimas en los ojos.

¿Iba a ponerse a llorar en la oficina?

No había sitio para lágrimas en la oficina. Y menos para que él deseara consolarla. Por el amor de Dios, era él quien había provocado esas lágrimas.

—Creo que vamos a tener un problema. Tú eres una romántica, yo soy realista.

Molly lo estudió en silencio y, por un momento, pensó que iba a discutir.

—No, no soy una romántica.

—Alguien que aparece en la oficina vestida de novia es una romántica.

—No vine vestida de novia. El vestido era un donativo, lo habían dejado en mi despacho.

—Y, naturalmente, tuviste que probártelo.

—Exactamente. Quería... comprobar que no estaba rasgado o sucio.

—Ya, claro —murmuró Houston, sin disimular su escepticismo—. Y alguien que quiere comprar un vestido de novia en lugar de guardar el dinero para comer es un romántico.

—No todo es blanco o negro.

—Todo es blanco o negro para una persona realista. Sólo los románticos ven la vida de color de rosa.

—Puede que una vez fuese romántica, pero ya no lo soy.

Ah, el canalla. Houston cerró los puños bajo la mesa.

—Me alegro. Entonces no tendrás ningún problema para entender los pragmáticos cambios que son necesarios aquí.

Pero sabía que Molly se estaba engañando a sí misma. Seguía siendo una romántica. A pesar de la desilusión de la que le había hablado la señorita Viv, Molly seguía teniendo sueños e ilusiones, era evidente. ¿Pero podría controlarlos lo suficiente como para hacer el trabajo que tenía que hacer?

—¿Y no podríamos buscar la forma de encontrar más financiación en lugar de cortar proyectos?

Ah, eso era lo que Houston quería escuchar: ideas realistas para lidiar con los problemas, soluciones creativas.

Y, por primera vez, pensó que tal vez Molly Michaels tenía potencial para dirigir Segunda Oportunidad.

—Estoy mirándolo desde todos los ángulos, ése es mi trabajo.

—Yo creo que tenemos estilos diferentes, pero podemos trabajar juntos si nos damos una oportunidad.

Houston arrugó el ceño. Él sólo quería saber si Molly podía estar al timón de Segunda Oportunidad, si podía hacer el trabajo sola. No estaba buscando algo que complicase más la situación, ya de por sí complicada.

—La solución es muy sencilla —le dijo—. He estado haciendo números y un

equipo de expertos llegará mañana para llevar a cabo los cambios. Segunda Oportunidad necesita expertos en informática, analistas y contables. Necesita un cambio de imagen. Hay que llevar la empresa como si fuera una gran corporación, de manera totalmente profesional.

—¿Una gran corporación? —repitió ella, horrorizada—. ¡Esto es una familia!

—Y como la mayoría de las familias, es un desastre.

—Ah, veo que eres un cínico.

Precisamente. Y ese cinismo había sido aprendido en la dura escuela de la vida.

—Si quieres a Walt Disney puedes comprarte *Bambi* en la tienda. Yo lidio con la realidad.

—¿No crees que el cariño y el apoyo de una familia es posible en el mundo de los negocios?

—Entonces tendría que asumir que el cariño y el apoyo de la familia es una realidad, no un mito. No hay sitio para sentimientos en una empresa, Molly.

—Pero entonces es que no entiendes lo que es Segunda Oportunidad.

—Tal vez por fin alguien está viendo lo que es importante en Segunda Oportunidad: sobrevivir. Y si siguiera como hasta ahora no podría hacerlo.

—Deja que te muestre mis ideas antes de hacer nada. Tú lo has visto todo en blanco y negro, en papel, pero hay mucho más que eso. Quiero enseñarte el alma de la organización.

Houston suspiró.

—¿El alma? ¿No dices que ya no eres una romántica? Las empresas no tienen alma.

—Segunda Oportunidad la tiene —insistió Molly—. Y yo puedo demostrártelo.

Houston no estaba nada convencido. Los románticos solían ver cosas que no existían, pero ¿por qué no darle la oportunidad de defender su postura? Además, no habría mejor manera de decidir si podía llevar sola la organización.

Sin embargo, si aceptaba tendría que pasar tiempo con ella. Más tiempo del que esperaba. Y no quería hacerlo. Y sí quería.

Pero si había aprendido algo en la vida era a no mostrar nunca miedo o inseguridad. Las malas calles se alimentaban de miedo.

Y él temía el brillo de sus ojos porque le decía que «sabía». Temía esos ojos verdes que lo llamaban como un oasis llama a un sediento. Si iba allí, ¿podría volver a lo que era antes?

Ése era su miedo y se lanzó hacia él de cabeza.

—Muy bien —dijo por fin—. Te doy un día para convencerme.

—Dos días.

Houston se echó hacia atrás en la silla, pensativo. Imaginaba la clase de sitios donde Segunda Oportunidad financiaría proyectos. Sitios a los que había jurado no volver.

Por otra parte, el pasado que creía haber quedado atrás parecía estar emergiendo

de repente y él no era un cobarde. No se asustaba ni de unos ojos que «sabían» ni de los demonios del pasado.

—Muy bien, tienes dos días.

Y tal vez porque sentía que estaba engañándola o dándole falsas esperanzas, añadió:

—Pero el proyecto de los vestidos de graduación queda cancelado. Y en dos días todas mis decisiones serán irrevocables.

Capítulo 3

Molly se alegraba de estar en casa porque aquél debía haber sido uno de los peores de su vida.

Junto con el día que su padre anunció su intención de pedir el divorcio o el día que volvió a casa y encontró un mensaje de Chuck en el contestador diciendo:

Lo siento, cariño, me marchó. Me ha salido una gran oportunidad en Costa Rica.

Ni siquiera había tenido la cortesía de romper con ella cara a cara. Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Chuck no había querido poner en peligro la posibilidad de marcharse llevándose el dinero de su cuenta corriente.

Poco después le había llegado una postal con remite de Costa Rica prometiendo que le devolvería el dinero y diciendo que no debía culparlo sólo a él:

Cariño, eres una ingenua. No dejes que tu próximo novio haga lo que quiera contigo.

Para demostrar que no era una ingenua, Molly había llevado la postal a la policía, que la había añadido como prueba en su demanda contra Chuck.

Un amable sargento le dijo que no se hiciera ilusiones de que pudiesen encontrarlo a él o de que Chuck le devolviera el dinero. Y tenía razón. Por el momento no había recibido ni un céntimo.

Pero perder el dinero era un precio que estaba dispuesta a pagar por librarse de Chuck, pensó, un poco sorprendida. Era la primera vez que lo veía de esa manera.

¿Sería Houston y su pragmatismo lo que la hacía ver las cosas de manera diferente? No, no era eso. Tenía una presencia imponente, sí, pero no iba a evaluar a Chuck según su punto de vista.

Tal vez los cambios en general lo obligaban a uno a ver las cosas desde una perspectiva diferente.

Por ejemplo, de repente se alegraba de no haber cedido a las presiones de Chuck para que vivieran juntos. Se alegraba de haberse agarrado a los valores tradicionales: o matrimonio o nada.

Aunque había permitido que Chuck tuviese acceso a su cuenta corriente precisamente como una forma de compensarlo por esa decisión.

Y, gracias a esa decisión, su apartamento seguía siendo un espacio limpio y encantador, sin recuerdos de Chuck por ninguna parte.

Normalmente su cuarto de estar le parecía acogedor, con el sofá, los dos sillones, las flores frescas en un jarrón sobre la mesita de café. Los cojines eran nuevos, comprados para hacer juego con su más preciada posesión, adquirida cuando Chuck desapareció de su vida.

Era la fotografía enmarcada de un globo de colores levantándose al amanecer sobre la niebla del valle de Napa.

Había dos personas en la cesta del globo, compartiendo la experiencia y el uno al otro de una forma que el fotógrafo había sabido capturar.

Aquella noche, Molly miraba la fotografía con los ojos de alguien que había sido juzgado y había tenido que ponerse a la defensiva.

Se decía a sí misma que no la había comprado porque fuese romántica. No, la había comprado porque hablaba del espíritu humano y de su capacidad de experimentar momentos de paz y belleza a pesar de las desilusiones.

Y por eso se había probado el vestido de novia, ¿no?

El inesperado pensamiento hizo que su cuarto de estar pareciese un frágil refugio contra la inesperada tormenta que golpeaba su mundo.

—Huracán Houston —dijo en voz alta.

Lo había dicho como una burla, pero mencionar su nombre conjuró una imagen que amenazaba con invadir la seguridad de su casa.

Houston Whitford era alguien del que tendría que defenderse si la mera mención de su nombre hacía que tuviera más presencia que Chuck.

Pero eso despertaba otra pregunta: si alguien como Chuck, un irresponsable y un canalla, podía destrozar su vida, ¿qué ocurriría con alguien como Houston?

Molly recordaba el roce de sus manos mientras la ayudaba a desenganchar el pelo del vestido de novia. La dureza de esas manos le decía que, a pesar del elegante traje de chaqueta y los zapatos italianos, Houston Whitford era un hombre duro.

«¿Has pasado hambre alguna vez?».

¿Qué había visto en él en ese momento?, se preguntó. No con los ojos sino con el corazón. Había sentido algo, había sabido algo que Houston no quería que nadie supiera, estaba segura.

«Deja de pensar tonterías», se dijo a sí misma. Sólo estaba demostrando que él tenía razón. Pensar que un corazón sintiera algo que los ojos no podían ver era una noción romántica.

Además, Houston se había cargado el proyecto Sueños de Graduación. Eso era lo único que tenía que ver. Iba a tener que lidiar con un hombre que carecía de corazón.

Aunque rara vez bebía estando sola y nunca un día de diario, Molly se sirvió una copa de vino blanco de California y levantó el vaso hacia la foto.

—Por los sueños —brindó. Aunque seguramente estaba, de nuevo, demostrando que Houston tenía razón. Era una romántica a pesar de sus esfuerzos por curarse de tal enfermedad—. Y por la esperanza.

Sintiéndose atormentada por una extraña inseguridad, Molly pasó el resto de la tarde revisando proyectos para decidir cuáles de ellos defendería con uñas y dientes.

E intentando encontrar alguna manera de salvar Sueños de Graduación. Aunque solían recibir vestidos de fiesta como donativo, nunca eran suficientes, de modo que todos los años tenían que comprar algunos. Pero la idea de llamar a la coordinadora

del proyecto para decirle que no habría más vestidos la ponía enferma. Les romperían el corazón a tantas chicas que durante meses esperaban esa noche en la que la tienda de Greenwich Village se transformaba en un paraíso de vestidos de fiesta...

¿Qué podía hacer? ¿Existía alguna posibilidad de hacer que Houston cambiase de opinión? ¿Debía esperar un milagro?

Si podía convencerlo del mérito de otros proyectos, ¿habría alguna posibilidad de que confiara en ella?

Molly no estaba acostumbrada a tener que demostrar que podía hacer su trabajo. El ambiente familiar en Segunda Oportunidad siempre había hecho que se sintiera respetada y apreciada. Pero ahora, de repente...

Naturalmente, había cometido algunos errores en el proceso, pero ninguno de ellos la convertía en una incompetente. Además, siempre había contado con la total confianza de la señorita Viv.

Eso era parte del alma de Segunda Oportunidad, que todo el mundo confiaba en todo el mundo.

¿Podía hacer que Houston Whitford viera esa alma como le había prometido? ¿Podría hacer que experimentase esa sensación de estar en familia? ¿Podría hacerle entender la importancia de eso en un mundo demasiado frío, demasiado capitalista y demasiado concentrado en las ventas y los beneficios?

Pero entonces se dio cuenta de que no quería pensar en Houston Whitford en el contexto de familia. No, eso le parecía peligroso, como si confirmase lo que su corazón había creído ver en él cuando hablaba de pasar hambre y calamidades.

Que estaba solo. Que ningún hombre había necesitado nunca una familia tanto como él.

«Deja de pensar esas cosas», volvió a regañarse a sí misma. Ése era el tipo de pensamiento que la metía en líos y la convertía en una ingenua, como tan generosamente le había recordado Chuck desde las playas de Costa Rica, sin duda tomando algún cóctel exótico.

A la mañana siguiente tardó más de lo acostumbrado en elegir su atuendo, pero sabía que debía tener el aspecto más profesional posible. Debía borrar el mensaje que había dado con ese vestido de novia. Houston tenía que ver a una mujer que sabía hacer su trabajo; una mujer capaz y totalmente profesional.

Y el traje que eligió era perfecto para eso: una falda negra de Calvin Klein dos centímetros por encima de la rodilla con chaqueta a juego sobre una camisola rosa.

Pero, de repente, y sin saber por qué, se lo quitó.

—No tienes tiempo para esto —murmuró, mirando el armario.

Terminó eligiendo una blusa blanca y una falda primaveral con estampado verde lima y amarillo limón que era graciosa y más sexy de lo que debería. Desabrochó un botón de la blusa, volvió a abrocharlo y salió corriendo hacia la puerta.

Iba a necesitar todo tipo de ventaja para luchar contra aquel hombre y le parecía justo ponerlo tan nervioso como la ponía él.

Pero cuando entró en la oficina se dio cuenta de que en cuanto a «ponerse nerviosos», Houston y ella no estaban en la misma liga.

Porque la oficina de Segunda Oportunidad se había convertido en una zona en obras. Había albañiles, pintores y carpinteros por todas partes, gente midiendo, colocando telas sobre los muebles.

Molly se había ordenado a sí misma empezar de manera diferente aquel día, pero empezar llorando no era la solución.

¿Cómo podía hacerle eso? Houston había prometido que le daría la oportunidad de demostrarle qué proyectos necesitaban fondos. ¿Cómo iba a hacerlo si la oficina había desaparecido bajo sacos de tierra y botes de pintura?

Además, ¿estaba muy preocupado por el dinero que se gastaban en los proyectos benéficos y de repente decidía redecorar la oficina? Incomprensible.

«Cálmate», se dijo. No podía entrar gritando en su despacho.

Molly pasó bajo una escalera, desafiando la mala suerte, y entró en su despacho como pudo. Tenía que calmarse y controlar su mal carácter, la desgraciada pero inevitable herencia que compartía con otras pelirrojas.

Pero, por mucho que lo intentase, no podía dejar de preguntarse cómo iba a justificar Houston el gasto de redecorar la oficina en lugar de financiar Sueños de Graduación.

Había insinuado que no había dinero, no que hubiera decidido usarlo en otros proyectos sin contar con nadie.

Cuando iba a cerrar la puerta del despacho se encontró con una mujer y lanzó un grito, asustada.

—Perdone, no quería asustarla.

—¿Quién es usted?

—La decoradora. Estoy especializada en oficinas y soluciones de almacenaje —contestó ella, mirando alrededor—. Creo que podemos aprovechar los altos techos... ¿y qué le parece el color ocre para las paredes?

Houston le había dicho que no había dinero para Sueños de Graduación, pero por lo visto había dinero para cosas que él consideraba una prioridad... como pintar las paredes de color ocre.

De repente, se puso furiosa consigo misma por creer siempre lo mejor de los demás, por ser siempre tan razonable, por otorgar el beneficio de la duda.

Ingenua, pensó, imaginando a Chuck brindando con un exótico cóctel en la playa de Costa Rica.

Tenía que defender las cosas en las que creía. Tenía que ser fuerte y no dejar que nadie se aprovechara de ella.

—Los únicos colores que quiero discutir son los colores de los vestidos de graduación —le dijo a la decoradora.

El corazón de Molly latía como el de una maestra a punto de enfrentarse con un pistolero. Pero le daba igual no tener armas, tenía su espíritu, tenía su carácter.

De modo que, girando sobre sus talones, fue hacia el despacho de Houston Whitford, sola ante el peligro.

Aquello había ido demasiado lejos y no quería que Houston gastase ni un céntimo más.

Y había llamado frívolo a su proyecto... ¿cómo se atrevía?

Unos segundos después se detenía frente al despacho de la señorita Viv, donde Houston Whitford había montado su campamento.

Estaba absurdamente guapo aquella mañana, pensó. Mucho más de lo que era aconsejable.

—Necesito media hora más o menos y luego soy todo tuyo.

«Ni se te ocurra darle otro sentido a esa frase», se advirtió Molly a sí misma. Luego, respirando profundamente, dijo con su voz más firme:

—Este secuestro de Segunda Oportunidad me parece totalmente inaceptable.

Él inclinó a un lado la cabeza, como si el comentario le pareciese divertido.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, pero no hay una manera más agradable de decirlo. La señorita Viv te dejó a cargo de Segunda Oportunidad por una razón que yo no comprendo, pero estoy segura de que no esperaba que te pusieras a redecorar. ¡Eso es tirar el dinero que la señorita Viv ha pasado toda su vida reuniendo! ¿Pintores y decoradoras? ¿Qué quieres, romperle el corazón? ¿Destrozar su espíritu?

Molly se sentía orgullosa de sí misma. Había dicho lo que tenía que decir, sin romanticismos ni tonterías. Bueno, había un toque de romanticismo en la frase sobre el espíritu, pero Segunda Oportunidad tenía espíritu. Como lo tenía la señorita Viv.

—Por lo que yo sé —dijo Houston entonces— haría falta algo más que unos pintores y una decoradora para romper el espíritu de la señorita Viv.

—¿Te estás haciendo el tonto? No hay ninguna necesidad de redecorar la oficina, ninguna en absoluto. Nosotros no necesitamos una oficina elegante, estamos aquí para ayudar a la comunidad.

—Es muy difícil hacer eso cuando se está en la ruina.

—¿Y esta reforma no nos va a arruinar aún más?

Houston sonrió.

—No si yo estoy a cargo.

Molly lo miró, perpleja por su arrogancia, por su seguridad, por su absoluta calma cuando ella en cambio estaba totalmente angustiada. Era como si destrozar las vidas de los demás fuese un juego para él.

—Hay una persona en mi despacho que quiere saber si debe pintar las paredes de color ocre —siguió, intentando contener su enfado—. Pero yo prefiero los vestidos de graduación.

—Pensé que había quedado claro que el asunto de los vestidos estaba cerrado. En

cuanto al dinero para la reforma, sale de un presupuesto diferente.

—Me da lo mismo los juegos que te inventes con los presupuestos. Todo sale del mismo sitio, ¿no?

Houston no contestó. Y ni siquiera se molestaba en disimular que su intento de poner el pie en el suelo le resultaba divertido. Pero Molly intentó desesperadamente con:

—Las chicas que se mueren por tener un bonito vestido de graduación no lo tendrán, pero nosotros tendremos la oficina más esnob del Village. ¿Eso te parece normal?

Pero mientras lo estaba diciendo se daba cuenta de que aquello no tenía nada que ver con los vestidos o con los proyectos. Tenía que ver con haberlo dejado a cargo sin merecerlo.

—La verdad es que sí me parece normal —dijo Houston por fin—. Sueños de Graduación es lo que no me parece normal.

—¿Cómo es posible que justifiques esta extravagancia? ¿Cómo es posible que aparezcas aquí, sin saber absolutamente nada sobre Segunda Oportunidad y empieces a hacer cambios tan drásticos sin contar con nadie?

—Sé muchas cosas sobre esta organización, Molly. Y los cambios que estás viendo son meramente decorativos —Houston sonrió—. Los cambios importantes tendrán lugar mañana.

—No te rías de mí. Me dijiste que tenía dos días para convencerte de que los proyectos que hemos financiado son viables.

—Sí, es cierto.

—¡Pero te estás gastando el dinero!

—Segunda Oportunidad ni siquiera ha empezado a capitalizar el dinero que una organización como ésta puede conseguir. Una organización benéfica es una empresa como cualquier otra y una empresa tiene que funcionar de manera eficiente. Y, además, tiene que dar una buena impresión. Cada persona que pasa por delante de la oficina es un patrocinador en potencia, incluso alguien que podría donar un millón de dólares. Sólo hay una oportunidad para dar una buena impresión, para capitalizar esas oportunidades. Una, te lo aseguro. Confía en mí.

Molly tragó saliva, insegura. ¿Confiar en él? ¿Había algo que se le diera peor que elegir en quién confiar? Ojalá la señorita Viv estuviese allí para ayudarla a atravesar aquel campo minado, pensó.

Hasta aquel momento, Segunda Oportunidad era el sitio en el que no se sentía amenazada, el sitio en el que estaba como en su casa. Pero, de repente, era como si todo su mundo pudiera desaparecer ante sus propios ojos.

«Molly, va a haber algunos cambios».

—Estaré lista en media hora —le dijo, con toda la dignidad de la que era capaz.

Sabía muy bien que la responsabilidad de preservar la esencia de Segunda Oportunidad recaía sobre sus hombros. Si dependiera de Houston, el ambiente

familiar sería arrancado de aquel sitio con la misma crueldad con la que los vikingos arrancaban reliquias de los monasterios que arrasaban.

Cuando volvió a su despacho la decoradora había desaparecido y Molly se dejó caer sobre el sillón, temblando pero decidida a actuar como si fuera un día normal. Lo primero, abrir su correo electrónico, pensó. Y cuando encendió el ordenador suspiró, aliviada, al ver un correo de la señorita Viv.

—Por favor, deme algún consejo —susurró mientras lo abría, nerviosa—. Por favor, muéstreme cómo debo solucionar esto, cómo puedo salvar lo que es importante para nosotras.

Pero en el correo no había ningún mensaje, sólo un archivo adjunto. Y, al pulsarlo, se abrió un vídeo en el que un precioso globo aerostático de colores se levantaba majestuosamente en el aire.

¿Por qué le enviaba aquello la señorita Viv?

La belleza de la imagen era tal contraste con la fea realidad de la oficina que sus ojos se llenaron de lágrima. Siempre había pensado que un viaje en globo sería la mejor experiencia del mundo. La noche anterior incluso había brindado ante esa visión.

Molly guiñó los ojos para enfocar bien a las dos figuras que iban en la cesta... eran dos señoras mayores que saludaban frenéticamente con la mano. Una de ellas enviaba un beso.

Y entonces tuvo que llevarse una mano al corazón.

¿Era la señorita Viv? ¿La señorita Viv estaba viviendo su sueño de montar en globo?

Por lo visto, tenía total confianza en Houston Whitford y estaba viviendo la vida sin pensar en Segunda Oportunidad.

De hecho, saludaba con entusiasmo, con alegría, como si lo estuviera pasando en grande. Y Molly pensó entonces que tal vez ella había dejado que la organización fuese demasiado importante en su vida.

El trabajo, especialmente durante los horribles meses tras su ruptura con Chuck, lo había ocupado todo.

¿Qué había sido de sus sueños?

—Los sueños son peligrosos —se recordó a sí misma.

Pero eso no evitaba que envidiase a la señorita Viv, subida en el globo, y deseó fervientemente poder cambiar su sitio con ella.

Suspirando, pulsó el botón de Responder y tecleó a toda prisa:

Llámeme a casa, por favor. Es muy urgente.

Capítulo 4

Houston miraba el espacio vacío en el que Molly había estado unos segundos antes echándole la bronca. Ya que Viv pensaba dejarle las riendas de Segunda Oportunidad cuando se retirase, era bueno saber que defendía con tanta pasión los proyectos que le interesaban.

Él no podría recomendarla como directora si fuese tan blanda como parecía. Pero no, Molly estaba dispuesta a presentar batalla, a ponerse firme.

Aunque fuese poco razonable que hubiera decidido pelearse con él precisamente. Y su irracional obsesión por ese proyecto de los vestidos también era un problema.

Claro que también era poco razonable que ese carácter la hiciese tan atractiva como el dulce aspecto que tenía el día anterior con el vestido de novia.

Tal vez más aún. Porque él sabía cómo pelear; lidiar con la dulzura era otra cosa.

Pero, por analítico que quisiera ser, debía admitir que estaba un poco sorprendido por su actitud. Él se había acostumbrado a no darle explicaciones a nadie. Cuando una empresa buscaba la ayuda de Soluciones Precisas, la productividad y los beneficios aumentaban. Y no se perdían puestos de trabajo debido a los esfuerzos de su equipo, al contrario. Las empresas eran colocadas en el buen camino, revitalizadas.

No había nada personal en lo que hacía; sencillamente usaba su habilidad analítica para conseguir resultados. Salvo por la satisfacción que obtenía haciendo un buen trabajo, no había emoción alguna.

Y, al contrario que Molly Michaels, la mayoría de la gente apreciaba eso. Cuando hacía algo, lo hacía sin discusiones, sin preguntas. Y una vez terminado el trabajo le daban las gracias por su equipo de expertos, por los nuevos ordenadores y oficinas diseñadas ergonómicamente, por los colores estudiados para aumentar la productividad.

—Tal vez algún día me dará las gracias —murmuró.

Y luego se rió de tan absurdo pensamiento porque sabía que tal cosa no iba a ocurrir y de sí mismo por querer la aprobación de Molly.

Iba a tener que aguantar a una pelirroja cuestionando sus decisiones, pensó.

¿Pero cómo iba a decirle que no a Beebee o a su círculo de amigas? Les debía la vida. En esos días terribles, tras la detención de su padre y la desaparición de su madre, que se había marchado con otro hombre, Houston había cometido el error de intentar disimular su miedo tras un brote de furia.

Ya había pasado por dos casas de acogida cuando apareció Beebee. Él estaba en plan destructor en ese momento y había tirado una piedra a la ventanilla de su coche, pero Beebee lo pilló con las manos en la masa, sin asustarse en absoluto. En lugar de eso lo había mirado con la misma expresión que Molly lo había mirado el día anterior, como si «supiera».

Y se había arriesgado con él. Viuda recientemente, y recientemente retirada de su trabajo en la judicatura, estaba buscando algo para llenar el vacío de su vida, pero

Houston aún no sabía qué giro del destino había decidido que ese algo fuera él.

Y un mundo nuevo se había abierto ante sus ojos. Un mundo de riqueza, de lujo y privilegios, sí. Pero también algo más, un mundo sin agresiones, sin peleas, sin hambre, sin palabras duras.

Y también un mundo donde se esperaba de él cosas que nadie había esperado nunca: trabajo duro, decencia, sinceridad, buen comportamiento.

Beebee había reunido a su familia y sus amigas a su alrededor con objeto de darle las herramientas que necesitaba para sobrevivir en aquel otro mundo.

Houston sacudió la cabeza intentando apartar esos recuerdos porque sabía que no lo ayudarían en aquel momento. Tenía que salvar aquella organización benéfica de las mujeres que lo habían salvado a él. Tenía que descifrar si Molly estaba capacitada para tomar el mando, pero no podía enfadarla en el proceso, aunque en cierto modo eso lo hiciera sentir a salvo.

Después de revisar los informes era evidente que Molly prácticamente dirigía Segunda Oportunidad. ¿Lo haría mejor si fuese la directora o peor? Eso era lo que necesitaba saber antes de que volviese la señorita Viv.

De modo que se encaminó a su despacho. Una escalera de madera interrumpía el paso y Houston se sorprendió a sí mismo rodeándola porque no era supersticioso.

Molly estaba inclinada sobre el ordenador, tecleando furiosamente mientras se mordía los labios. Pero al verlo dejó de escribir y lo miró, de brazos cruzados.

—Espero que me des la misma oportunidad de demostrar que mis cambios sirven de algo que yo le estoy dando a tus programas.

—Salvo a Sueños de Graduación —le recordó ella.

—Salvo eso —asintió Houston—. Vamos a darnos una oportunidad.

Ella lo miró con la expresión de alguien que estaba harta de dar oportunidades. Como resultado de su relación con el canalla, seguro. Y, sin embargo, no parecía una persona hundida por la vida, al contrario, parecía estar deseando confiar en los demás, creer en los demás. Una romántica lo reconociese o no.

Houston no sabía si él era la persona adecuada para soportar tanta bondad, tanta compasión. Y tampoco sabía si le podía confiar el futuro de Segunda Oportunidad.

—Muy bien —dijo ella entonces, pensativa.

—Genial. ¿Qué me vas a enseñar primero?

—El proyecto del parque que estamos creando en el centro de la ciudad.

Curioso, eso era precisamente lo que él quería ver. Pero probablemente no por las razones que Molly esperaba sino porque esa parcela era una de las propiedades de la organización.

—Haremos fotografías y tal vez podríamos usarlas en los folletos de promoción. ¿Tienes una cámara?

—No, aquí no.

—Yo he traído una —dijo Houston entonces, poniéndola en su mano.

El proyecto del parque sería una manera estupenda de demostrarle a Houston lo que hacía Segunda Oportunidad.

Cuando llegaron había un grupo de voluntarios limpiando el parque, un trocito de paraíso en medio de un montón de viejos edificios, con rastrillos y palas. La mayoría eran ancianos, gente retirada, pero la realidad del vecindario se reflejaba en la cantidad de niños, nietos de esas personas, que disfrutarían del parque cuando estuviese terminado.

—Solía ser un descampado y míralo ahora.

Houston asintió con la cabeza, aparentemente nada convencido por las plantas, los árboles y el entusiasmo de los voluntarios.

Molly sacudió la cabeza, exasperada. Pero luego miró alrededor y vio a la señora Brant, que acababa de tener un nieto, al señor Smith y la señora Lane, dos viudos que ahora iban de la mano. Y a Mary Bedford. No la había visto desde que empezaron con el proyecto del parque en otoño, cuando le contó que uno de sus nietos estaba en Afganistán.

—Hola, Mary. ¿Cómo está tu nieto? Se llama Riley, ¿verdad?

Una lágrima se deslizó por el rostro de la anciana.

—Murió de servicio.

Molly se llevó una mano al corazón.

—Lo siento muchísimo. Era tan joven.

Mary levantó una mano frágil para ponerla en su mejilla.

—Era joven, pero vivió su vida como quería. Hay gente de mi edad que no puede decir eso.

—Es verdad —asintió Molly.

—Además, Riley era como tú. Para la gente de vuestra generación todo consiste en tener dinero, pero para Riley lo importante era ayudar a los demás, como te pasa a ti.

Molly recordó el mensaje mental que le había enviado a la señorita Viv pidiéndole consejo. Y allí estaba su respuesta.

Desde que Chuck la dejó había estado cuestionándose a sí misma, preguntándose si hacía las cosas mal, pero no era así. Y no iba a cambiar sólo porque un canalla la hubiese engañado.

Entonces se dio cuenta de que Houston estaba mirándola con expresión cínica.

—La vida es muy corta —dijo Mary entonces, dándole una palmadita en el brazo—. No hay que perder el tiempo.

No había que perder el tiempo teniendo miedo, pensó ella. No debía ir a lo seguro en lugar de perseguir sus sueños.

El sol le daba en la cara y podía sentir el suave roce de la mano de la señora Bedford. Y también podía sentir la fuerza y la esperanza que había en ella.

Y el cariño.

Y si dejaba que Chuck, y las desilusiones de la vida, le robasen todo eso, si dejaba

que la convirtieran en una cínica como Houston Whitford entonces habría perdido lo más importante.

A sí misma.

Ella era lo que era. Si eso significaba que iban a hacerle daño de vez en cuando, tendría que aceptarlo porque era mejor que la alternativa.

De nuevo, miró a Houston. Ésa era la alternativa, estar cerrada a los pequeños milagros, saber el precio de todo y el valor de nada.

De repente sintió compasión por él. Su ropa y su coche dejaban claro que era un hombre de éxito, pero estaba solo.

Tal vez no era asunto suyo y tal vez acabaría pagando muy caro querer mostrarle que había algo más en la vida, pero de repente supo que no podía mostrarle el alma de Segunda Oportunidad a menos que le enseñara también la suya.

Un alma que no estaba cerrada y celosamente guardada.

Por alguna razón, cuando se puso el vestido de novia se había sentido más ella misma que en mucho tiempo. Llena de esperanza, alguien que creía en la bondad y en los sueños. Alguien que confiaba en el futuro, alguien que tenía algo que dar.

Amor.

Tal vez no debería pensar en esa palabra estando tan cerca de aquel hombre. Y si no hubiera decidido ser fuerte seguramente no lo habría hecho.

Pero Houston lo necesitaba más que ella.

—Houston —lo llamó entonces—. Ven, quiero presentarte a Mary.

La anciana lo abrazó y aunque él intentó apartarse, incómodo, Molly vio algo en su expresión. Estaba segura de que había visto su alma y no era tan dura como quería hacerle creer a todo el mundo.

Pronto estaba de rodillas con una pala en la mano, entre la señora Zarkonsky y la señora Phylly. La señora Zarkonsky miró a Houston y le ofreció una pala.

—Vamos, tú eres joven y fuerte. Ponte a trabajar.

—No, no —intervino Molly—. Él no. —iba a decir que no iba vestido para arrodillarse en la tierra, pero tampoco lo estaba ella y eso no la había detenido.

Houston levantó una mano, como diciendo que no tenía que defenderlo, y se puso a trabajar siguiendo las órdenes de la señora Zarkonsky.

Molly lo miraba de tanto en tanto. Se había quitado la chaqueta, llevaba la camisa remangada hasta el codo y tenía la frente cubierta de sudor.

Él era fuerte mientras ella era suave. Él era duro, mientras ella tenía el corazón demasiado blando. Pero el mundo anhelaba equilibrio; tal vez por eso los hombres y las mujeres se buscaban.

Molly recordó entonces que debía hacer fotografías, una buena excusa para mirarlo.

—Parece un buen chico —dijo Mary—. Pero un poco engreído.

Molly soltó una carcajada. Sí, era cierto. O al menos quería hacerle creer a los demás que era intocable. Sin embargo, en sus ojos podía ver que era un buen chico;

alguien que quería encontrar su sitio pero que se retraía por alguna razón.

¿O estaría leyendo demasiado?

Probablemente, pero así era ella y eso era lo que hacía, rescatar seres abandonados. Qué curioso que viera a Houston como un ser abandonado siendo un hombre tan fuerte, tan seguro de sí mismo.

De repente, desde la rama de un árbol un pájaro empezó a cantar.

¿Qué podía ser mejor que crear un oasis en el centro de la ciudad, un paraíso verde donde todo era asfalto?

Debilidades románticas, se regañó a sí misma. Pero sólo a medias. ¿Por qué no disfrutar el momento y el hecho de tener a su lado a un hombre tan guapo, además? Si pudiera incluirlo en el grupo.

Pero Houston tenía una expresión distante, como si fuera inmune a la magia de aquel parque y lo que significaba.

En fin, ése era su problema. Ella iba a disfrutar el día, especialmente después de haber descubierto quién era.

De modo que colocó la pala y apoyó el pie para clavarla en la tierra. Tal vez porque estaba mirando a Houston o tal vez porque llevaba zapatos de tacón, la cosa se torció. La pala cayó hacia un lado, arrastrándola con ella.

Pero antes de que cayera al suelo alguien la sujetó. Molly sintió una mano masculina agarrándola del brazo y cuando le llegó el aroma de su *aftershave* sintió un escalofrío.

La había tocado el día anterior y también había sentido eso, pero entonces tenía un aspecto tan distante. En aquel momento sus ojos brillaban y en ellos vio... no estaba segura de lo que vio, pero vio algo antes de que Houston pudiera controlarlo.

¿Sería porque había decidido ser quién era por lo que no pudo resistir el deseo de jugar con esa atracción? ¿O sencillamente no podía evitarlo?

—Te vas a hacer daño —dijo él, sacudiendo la cabeza.

Y luego, para que no pensara que era débil, que podía importarle de verdad, que podía sentir algo por ella, añadió:

—Segunda Oportunidad no se puede permitir una demanda por daños y perjuicios.

Molly sonrió para sí misma y siguió trabajando.

Pero él parecía demasiado contento consigo mismo... así que le echó un poco de tierra en los zapatos.

—¡Oye! —le advirtió Houston.

—Lo siento —se disculpó ella sin la menor sinceridad, echándole un poco más de tierra.

Houston la fulminó con la mirada antes de volver a trabajar.

—Cuidado con los zapatos. Segunda Oportunidad no puede permitirse comprar zapatos italianos.

Sabía que Houston estaba observándola y cuando volvió a mirarlo su expresión

remota había desaparecido.

—¿Tienes algo contra mis zapatos?

—No, son muy bonitos.

—Yo sé cómo hacer que te comportes —susurró Houston.

Molly rió. Aquello era lo que quería, saber si podía llegar a él, si era capaz de tomarse algo a broma.

—No, no lo sabes.

De repente, Houston colocó un gusano delante de su cara y Molly lanzó un grito de horror.

—¡Eso no tiene gracia!

—¿Tiene menos gracia que mancharme los zapatos de tierra?

—Odio los gusanos. ¿En la demanda por daños y perjuicios se puede incluir un ataque de histeria?

—¿Te pondrías histérica si metiera este gusano por el escote de tu blusa?

Parecía demasiado entusiasmado con el asunto y Molly, por si acaso, se tapó el escote con la mano.

Pero se le ocurrió entonces que estaban tonteando, explorando la atracción que había entre ellos.

—No —contestó, aunque era mentira.

Houston sonrió y esa sonrisa transformó su rostro por completo. Pasó de ser estirado y profesional a ser un joven sin preocupaciones cubierto de tierra y sudor, una persona normal. Y Molly pensó que lo de él era en realidad no estaba saliendo tan mal.

—Si le digo a tu novia que juegas con gusanos puede que no quiera volver a darte la mano nunca más.

—No tengo novia.

Ah, eso era lo que Molly quería averiguar.

Cuando le acercó el gusano de nuevo, ella lanzó un grito. Pero entonces, como si se hubiera pillado a sí mismo cometiendo el pecado de pasarlo bien, Houston tiró abruptamente el gusano y siguió trabajando.

Molly vaciló. Seguramente lo mejor sería dejarlo, pero esa sonrisa lo había cambiado todo. De modo que tomó otra palada de tierra y la echó en sus zapatos.

Y Houston se inclinó para recoger el gusano.

—Te lo advertí.

—¡Antes tendrás que atraparme!

Molly salió corriendo, pero Houston fue tras ella y cuando miró por encima de su hombro vio que llevaba el gusano en la mano. Riendo, corrió más aprisa. En algún momento le pareció que el asqueroso gusano rozaba su cuello y lanzó un grito mientras él reía a carcajadas.

Unos segundos después, consiguió colocar un barril lleno de plantas entre los dos y se volvió para mirarlo, sin aliento.

—Sé razonable —le dijo.

—Ya no hay tiempo para ser razonable —replicó él, saltando por encima del barril para proseguir la caza.

Mientras los ancianos miraban la escena con expresión indulgente, sus zapatos la traicionaron y acabó en el suelo sobre un montón de apestosos mantillos.

De inmediato, y con expresión contrita, Houston tiró el gusano y la ayudó a levantarse tirando de ella como si no pesara nada. ¿De dónde sacaba la fuerza un hombre que trabajaba todo el día en una oficina?

De nuevo, Molly tuvo la impresión de que algo en él no cuadraba, pero la risa de Houston hizo que lo olvidase.

—No te ríes lo suficiente.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres demasiado serio, ¿a que sí?

Houston se quedó callado un momento y después alargó una mano para apartar el flequillo de su cara.

—Es posible —admitió.

Molly quería hacerlo reír. Quería explorar las razones por las que siempre estaba tan serio, descubrir qué era lo que no cuadraba en Houston Whitford.

—¿Firmamos una tregua? —sugirió él entonces.

—Por supuesto —dijo Molly.

Y lo decía en serio. No sólo una tregua en aquella tarde sino en la pelea sobre sus diferentes visiones para Segunda Oportunidad.

Houston sacó la cámara que llevaba en el bolsillo y le hizo una fotografía.

—¡No! —protestó ella, limpiándose la cara de tierra.

Houston no le hizo caso y, después de sacarle la lengua, Molly llamó a los demás para que posaran. Y lo hicieron bailando un canción, levantando las piernas como si fueran profesionales.

Houston sonrió, pero enseguida volvió a ponerse serio. Y Molly sabía que seguramente lo vería como una debilidad. Habían hecho lo posible para llevarlo al grupo, pero él se apartaba.

Se sentía solo, pensó. Había algo muy solitario en él. Y, de nuevo, sintió el deseo de conocerlo mejor.

Y, tal vez, de salvarlo como salvaba a sus mascotas. Aunque sabía que a Houston no le gustaría que lo viera así.

Cuando volvieron al coche después de despedirse de los demás Molly estaba encantada con la inesperada sorpresa de un Houston juguetero.

—¿Qué tal las manos? —le preguntó.

Él le mostró las palmas. Una hora moviendo la pala no parecía haberle afectado en absoluto.

—Pensé que tendrías ampollas.

—No, tengo unas manos fuertes.

—¿De qué?

—De boxear.

—¿Qué?

Houston rió.

—Boxeo en el gimnasio.

De modo que sus sospechas de que algo no cuadraba en él eran fundadas. Un empresario que boxeaba.

—¿No ha sido una mañana maravillosa? —le preguntó, intentando solidificar la camaradería que había brotado brevemente entre los dos—. Prometí enseñarte el alma de Segunda Oportunidad y este parque es parte de esa alma. Es maravilloso que esta comunidad se una para crear algo hermoso en un sitio donde todo es tan feo.

—Es un proyecto interesante, pero mi trabajo consiste en averiguar si es o no una buena inversión. La parcela pertenece a Segunda Oportunidad, ¿verdad?

—Sí, fue un donativo que recibimos hace años, antes de que yo trabajase en la organización.

—¿Había alguna cláusula en el documento de donación?

—No que yo sepa.

—Tendré que estudiarlo un poco más.

—¿Por qué?

—¿Un parque comunal es el mejor uso para esa parcela? Ahora mismo es un espacio verde que parecen disfrutar una docena de personas, pero podría venderse y usar el capital para ayudar a más gente. O podría convertirse en un aparcamiento, en un local comercial, algo que diera dinero y puestos de trabajo para los vecinos.

—¿Un aparcamiento? —repitió ella, horrorizada.

Y entonces vio lo que estaba haciendo: distanciándose de lo que habían compartido, de la satisfacción del trabajo, de la risa.

Distanciándose de ella. ¿Sabría que había visto en su interior?, se preguntó. ¿Sospecharía que había descubierto cosas que él quería que permanecieran escondidas?

A Houston no le gustaban los sentimientos y ella sabía mucho de eso. Chuck solía levantar los ojos al cielo cuando le preguntaba cómo se sentía.

Pero, por ingenua que fuera, estaba convencida de haber visto al verdadero Houston Whitford en ese parque.

Y no estaba dispuesta a dejarlo escapar. No tenía que ser nada personal. No, podía convertirlo en una misión por el bien de Segunda Oportunidad, se dijo a sí misma.

Y por el bien de Segunda Oportunidad iba a rescatarlo de su solitario mundo.

Capítulo 5

—Mira, ahí está De Zen en Cuando —dijo Molly.

Se daba cuenta de que Houston estaba decepcionado porque no había mordido el anzuelo. No se había enfadado cuando sugirió que podrían transformar el parque en un aparcamiento como él había esperado. Porque sabía que no lo decía en serio.

—¿Por qué no entramos? Seguro que aquí encontrarás unos zapatos más adecuados para trabajar en el parque.

No pensaba tirar la toalla. Houston no era tan duro como quería aparentar, estaba segura.

¿Cómo podía pasar parte de la mañana en un parque tan bonito y querer convertirlo en un aparcamiento? Además, tirar la toalla no estaba en su naturaleza. Tenía que encontrar la forma de hacerle ver, de hacer que conectase, que se animase.

Y en De Zen en Cuando, una de las tiendas de objetos de segunda mano propiedad de Segunda Oportunidad, era un sitio muy divertido.

—¿Quieres echar un vistazo?

Houston se encogió de hombros, mirándolo como si supiera que tenía algo preparado, pero no estuviera seguro de qué podía ser.

—¿Por qué no?

Tal vez era un error, pensó Molly mientras entraban en la tienda. Porque seguramente Houston empezaría a hacer números otra vez, preguntándose si debían venderla o convertirla en otra cosa.

«Demuéstrale que no es buena idea. Invítalo a tu mundo. Se siente solo, tiene que sentirse solo en su ordenado mundo donde todo tiene un precio».

Intentó recordarse a sí misma que él podría hacerle daño en el proceso, pero estaba dispuesta a sacrificarse por Segunda Oportunidad.

Respirando profundamente tomó un sombrero de cowboy y lo colocó delante de su cara para que viese el mundo con sus ojos.

—Pruébatelo.

De Zen en Cuando no era como las demás tiendas. Era un sitio relajado, divertido, para gente bohemia. El ambiente decía «pásalo bien».

Houston sacudió la cabeza.

—Si me lo pruebo, tú tendrás que ponerte algo que yo elija.

—Eso no es justo —protestó Molly—. Tú estás viendo lo que quiero que te pruebes, pero me pides carta blanca. ¡Podrías elegir un bikini!

—¿Hay alguno por ahí? —bromeó Houston. Y eso la hizo reír porque confirmaba que había una parte juguetona en él y estaba dispuesta a aprovecharlo, aunque tuviera que probarse un bikini.

Además, la tentación de verlo con el sombrero, como el pistolero que había imaginado el primer día, era irresistible.

—Muy bien, si te lo pruebas yo me probaré lo que tú elijas.

—¿Cualquier cosa? —la retó él.

Allí estaba otra vez esa sonrisa sin defensas, la clase de sonrisa que podría derretir el corazón de una mujer.

—Cualquier cosa —respondió Molly.

Cuando Houston se puso el sombrero, ella tuvo que tragar saliva. No le quedaba ridículo, no parecía un disfraz. Sencillamente se lo ajustó, bajó el ala y la miró con esos ojos gris metal.

Ella sabía que había algo bajo esa compuesta fachada, algo peligroso. ¿Podía eso coexistir con el hombre bueno que imaginaba?

O tal vez esa parte peligrosa estaba en ella misma. En todas las mujeres. Eso que hacía que una maestra de escuela dijera: «cualquier cosa, en cualquier sitio».

—Me toca a mí —dijo Houston entonces, alejándose un momento para mirar alrededor.

Molly hizo lo mismo y encontró un chaleco de cuero negro, pero él apareció con una boa de plumas.

—¡Son las plumas que le faltan a *Calvito*!

—¿Quién es *Calvito*?

—Mi periquito —contestó ella—. No tiene plumas, el pobre.

—¿Qué le ha pasado a sus plumas?

—Se las robaron para hacer esta boa —bromeó Molly, poniéndosela al cuello—. No sé qué le pasó a sus plumas, estaba así cuando me lo llevé a casa.

—¿Y por qué te llevaste a casa un periquito sin plumas?

—Porque de no haberlo hecho. —Molly se pasó dramáticamente un dedo de lado a lado de la garganta.

—Le salvaste la vida entonces —dijo él. Pero había un brillo de suspicacia en sus ojos. Como si estuviera diciendo: «ni pienses que vas a hacer eso conmigo».

—Ha merecido la pena. Es un pájaro desternillante, tiene mucha personalidad. La gente se quedaría sorprendida de lo cariñoso que es.

Eso sólo podía pasarle a ella, pensó entonces. Estar en una tienda con una boa de plumas al cuello hablando de un periquito calvo con un hombre guapísimo que parecía ver en ella lo que otros no habían visto.

—Podrías llevarla a la oficina —dijo él entonces, señalando la boa—. Si puedes llevar un vestido de novia, puedes llevar una boa de plumas.

—No lo creo. Por lo visto ahora la imagen es fundamental para Segunda Oportunidad.

—¿Es una ironía?

—No, qué va. No creas que estoy de acuerdo en que nos carguemos Sueños de Graduación, pero tal vez es verdad que Segunda Oportunidad necesita un cambio de imagen. Venga, pruébete este chaleco.

—Si me lo pruebo, tú tendrás que ponerte otra prenda.

—Mientras no sea un bikini.

Houston se puso el chaleco de cuero negro y, de nuevo, Molly tragó saliva. Curiosamente, no resultaba ridículo. Era como si hubiese dado un salto atrás en el tiempo, cuando los hombres tenían que defenderse por sí mismos incluso en las circunstancias más difíciles.

Pero un segundo después, Houston volvió con un par de enormes pendientes de cristal rosa.

—Parecen lámparas de araña. Además, el rosa me queda fatal.

—Bueno, tampoco yo soy aficionado a vestirme de cowboy.

—Me los pondré si tú te pones estos pantalones vaqueros.

—Eso significa que tengo que elegir algo más para ti.

—No creo que pueda ser peor que estos pendientes. ¡Se me van a caer las orejas!

Houston se alejó hacia los probadores, riendo, y Molly lo vio hablar con Peggy antes de entrar en uno de ellos.

Un segundo después Peggy se acercaba con algo en la mano.

—Ha dicho que debes ponerte este vestido.

—Ah, ya.

—Por cierto, está como un tren.

—Sí, lo sé.

Molly entró en el probador y se puso el vestido, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Era tan ajustado que tuvo que quitarse el sujetador y las braguitas para hacerle justicia.

Pero el espectacular vestido también le hacía justicia a ella. No parecía una prenda de segunda mano sino de algún diseñador famoso, tan bonito como para ir a una fiesta.

Molly asomó la cabeza por la puerta, tímida de repente.

—Venga, sal —la animó Houston, vestido de vaquero de los pies a la cabeza.

Molly salió del probador y, fingiendo una serenidad que no sentía, se puso una mano en la cadera mientras con la otra se colocaba la boa sobre el hombro.

Y en los ojos grises vio tal admiración que se dio la vuelta para que viese el escote de la espalda.

—¿Qué tal?

—Pensé que eras una maestra de escuela, pero veo que me había equivocado.

—Y yo pensé que eras un empresario aburrido, pero está claro que no lo eres.

Houston inclinó a un lado la cabeza.

—¿No?

—No, pareces más bien un fuera de la ley —susurró Molly.

Un bandido que robaba corazones.

Houston hizo una mueca, como si no le gustase la definición, como si hubiera algo real en aquel juego. Y Molly se dio cuenta de que volvía a apartarse, no física sino emocionalmente.

Y, de nuevo, tuvo la sensación de que aquel hombre estaba escondiendo algo.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó, para recuperar al Houston divertido y relajado.

Él no contestó inmediatamente. Se quedó donde estaba, inmóvil durante lo que le pareció una eternidad. Sabía que lo que estaban haciendo no era profesional, sabía que estaban cruzando una línea invisible. Sabía que estaban jugando con fuego.

Pero entonces Houston levantó la mano derecha en un gesto que podría haber sido de rendición, o una invitación.

Y Molly decidió que era esto último. Se quedaron así, juntos, palma con palma, los ojos de Houston clavados en los suyos. Podía ver el pulso latiendo en su cuello y le llegaba el aroma de su *aftershave*.

Luego él apretó su mano y puso la otra en su cintura.

—El placer es mío —le dijo.

Pero no la apretó apasionadamente contra su torso. En lugar de eso, como un buen chico, la llevó bailando por toda la tienda. Molly no sabía cómo habían logrado no tirar nada en los abarrotados pasillos porque no dejaba de mirar su cara, como si estuviera memorizando sus rasgos, como si de verdad fuera un pistolero que algún día se marcharía. Como si no pudiera prometerle que fuese a volver.

Molly saboreó el momento, el roce de su mano, la suavidad de sus ojos. Había querido descubrir algo sobre él, sacar algo a la superficie.

Pero estaba descubriendo cosas sobre sí misma.

Que deseaba que la tocara, por ejemplo. Que se sentía más femenina que nunca, como si fuera un misterio que él quería resolver desesperadamente.

Ridículo, pensó. Prácticamente eran extraños. Además, era su jefe.

Cuando la canción terminó, Peggy y el resto de las empleadas empezaron a aplaudir. Houston soltó su mano y dio un paso atrás, sin dejar de mirarla.

Y, por un momento, en sus ojos vio reflejados otros anhelos: niños gateando por el suelo, un niño con una pelota de fútbol, una niña vistiéndose para el baile, su padre mirándola con ojos serios mientras decía: «no vas a ponerte eso».

Nunca había tenido esos anhelos con Chuck. Había soñado con una boda, sí, pero no con un matrimonio. Nunca se había podido imaginar a sí misma en el futuro con Chuck.

Tal vez porque nunca había soñado con un futuro feliz de verdad. Pero había tenido esa esperanza mientras bailaba con Houston. Y, por primera vez desde que Chuck la dejó, se sintió agradecida. Porque de haber seguido con él se habría perdido aquel baile con Houston, aquel momento eléctrico en el que supo que en el mundo había algo llamado «amor verdadero». Y era mucho mejor de lo que cualquier poema, canción o película pudiese haber capturado nunca.

¿Amor verdadero?

«Apártate de él», se dijo a sí misma. Houston estaba hechizándola, haciéndole olvidar que la habían herido.

Y la esperanza podía ser lo más peligroso de todo.

Aquello no era lo que había esperado cuando decidió vivir peligrosamente.

Aquello era peligroso de verdad.

Sí, había decidido ser ella misma, pero aquél era territorio sin explorar.

Houston era su jefe y en su deseo de llevarlo a su terreno había cruzado una línea invisible.

¿Cómo iba a volver a la oficina después de eso? ¿Cómo iba a portarse como si no hubiera ocurrido nada?

—Dior —murmuró Peggy, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Eh?

—Estaba guardando ese vestido para Sueños de Graduación. ¿Quieres ver el póster que vamos a enviar a los colegios como promoción? Acaba de llegar.

Molly miró Houston, que estaba observándola, esperando que hiciera lo que debía hacer.

Pero no podía.

La mención al difunto proyecto debería haberla hecho olvidar aquella tontería de mostrarle el alma de Segunda Oportunidad.

Era un juego demasiado peligroso.

Por otro lado, seguramente Houston haría lo que ella no podía hacer: volver a levantar un muro entre los dos, volver a colocar la línea divisoria en su sitio.

Una vez fuera de la tienda, le preguntó:

—¿Por qué no le has dicho que el proyecto de Sueños de Graduación ha sido cancelado?

Molly sabía que era más seguro discutir que perseguirse con gusanos en la mano, tirarse tierra como dos críos o bailar en los pasillos de una tienda.

Pero, aunque sabía que debería ser juiciosa, se sentía inusualmente valiente, como si no tuviera que volver a ir a lo seguro. Por supuesto, la severa personalidad de Houston la mantendría a salvo quisiera ella o no.

De modo que lo miró, desafiante.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—Quería ver si eras capaz de hacerlo.

—Claro que puedo y lo haré si es necesario, pero aún no.

—¿Por qué no?

—Estoy esperando un milagro —admitió Molly.

Porque así era ella, alguien que creía en los milagros. Alguien que pensaba que el amor podía arreglarlo todo.

Y, por un momento, cuando Houston bajó la guardia para bailar con ella, había creído que tal vez iba a conseguir ese milagro.

—Un milagro —repitió él, sacudiendo la cabeza.

Volvieron a Segunda Oportunidad en silencio, como si Molly lo hubiese

defraudado y no al revés.

Un milagro, pensó Houston. Si la gente pudiera hacer milagros no perderían el tiempo pidiendo vestidos de graduación. Curarían el hambre en el mundo, terminarían con las guerras, con el cáncer.

Sí, estaba molesto con Molly por no haberle dicho a aquella chica que no enviase el póster a los colegios.

Pero sobre todo porque se había metido en su piel, por asaltar sus defensas. Él tenía mejores cosas que hacer que bailar en medio de una tienda en Greenwich Village.

Ésa era la clase de experiencia que podría hacer que otro hombre creyera en los milagros.

¿Pero no había esperado él un milagro una vez?

Estaba a punto de cumplir quince años y llevaba meses en casa de Beebee, viviendo una vida con la que jamás hubiera soñado.

Tenía su propia habitación, su propia televisión, su propio cuarto de baño y un armario lleno de ropa.

Pero el milagro que esperaba era que su madre lo llamara por teléfono. Bajo la cama había una bolsa de plástico que contenía todas sus posesiones, todo lo que tenía cuando llegó allí.

Dispuesto a marcharse en caso de que su madre lo llamara. Ése era el milagro que había esperado, por el que había rezado y el que nunca se hizo realidad.

—Yo no creo en los milagros —le dijo a Molly, probablemente con más sequedad de la necesaria.

—Una pena —replicó ella—. ¿Por qué no lo dejamos por hoy? Mañana te enseñaré uno de nuestros programas de preescolar. Lo creamos para ayudar a las madres trabajadoras sin medios, la mayoría de ellas son madres solteras y sin ayuda de nadie.

Estaba intentando tocar su corazón y Houston lo sabía. Lo sabía desde que la persiguió por el parque con el gusano.

Intentaba golpearlo en el epicentro emocional para conseguir que aprobase el proyecto. ¿Quién podía resistirse a unos niños de preescolar?

Romántica contra realista, pensó.

Pero él no era sentimental en absoluto. Ni sobre los niños ni sobre nada. Y, sin embargo, tenía la impresión de ser un guerrero dispuesto a la batalla contra un enemigo desconocido. Bueno, no por completo desconocido. Sabía que su pelo era un arma poderosa, o el roce de su piel o su risa. Ahora podía añadir el baile al arsenal de armas que Molly Michaels usaba contra él y tuvo que pensar dos veces lo de lanzarse de cabeza a la batalla.

Tal vez necesitaba darse un respiro.

—Mañana tengo otras cosas que hacer —le dijo. Por ejemplo, recuperar la cordura.

—Me prometiste dos días —le recordó ella—. Y espero que seas un hombre de palabra.

Ah, más armas de su arsenal. Estaba retándolo.

—No dije dos días consecutivos.

Molly levantó una ceja.

—Ya.

—¿El viernes?

—El viernes —asintió ella.

—Nos vemos entonces —dijo Houston, como si no estuviera en absoluto preocupado.

Aquella noche, y todas las noches hasta el viernes, golpearía el saco de arena en el gimnasio hasta que desapareciese el absurdo anhelo que había provocado echar un vistazo al mundo de Molly.

Y al final de la semana sería él mismo otra vez.

Había bajado la guardia temporalmente, pero sabía que era una debilidad. Él llevaba una vida entera luchando contra las debilidades, de modo que un solo día con Molly no iba a cambiar nada.

Pelearse con Molly Michaels era como boxear, sin los moretones, claro. En el boxeo, incluso después de años de práctica alguien podía colarte un buen golpe y hacer que perdieras el equilibrio. Pero eso no significaba que fueras a perder la pelea, al contrario. Te hacía más determinado, más decidido a levantar tus defensas de nuevo.

Especialmente si había sonado la campanilla y tenías unos minutos para respirar antes del segundo asalto.

Molly no iba a hacer que olvidase quién era y daba igual la cantidad de niños que usara en el intento.

Capítulo 6

Houston Whitford se felicitó a sí mismo por usar sabiamente el tiempo entre asaltos evitando a Molly Michaels.

Y, sin embargo, no había manera de evitarla. Aunque se mantuviera ocupado investigando informes, modernizando el sistema informático o aprobando planes de renovación, no había manera de evitar su influencia.

Molly Michaels era el sol alrededor del cual giraban todas las lunas. Como había ocurrido en el parque, parecía ser hacia ella que gravitaban todos con sus confidencias y sus problemas. Molly era cálida, abierta, simpática, convencida de lo que hacía, apasionada.

La antítesis de lo que él era. ¿Pero qué decía eso? Los opuestos se atraían y él podía sentir la atracción quisiera o no.

Sin embargo, había algo en lo que se parecían mucho: los dos querían salirse con la suya y eran muy obstinados.

El martes por la mañana lo esperaban tres cartas sobre su escritorio y el tema de las tres cartas era el mismo: por qué quiero un vestido para el día de mi graduación. Una estaba escrita en papel de color rosa, otra olía a perfume. Y estaba casi seguro de que en la última había caído una lágrima.

El miércoles había media docena de cartas.

El día siguiente más o menos veinte.

El viernes por la mañana se asustó tanto al ver la mesa llena de sentimentales peticiones que pasó por delante de su despacho sin atreverse a entrar en él. Tenía la impresión que ir a un centro lleno de niños de preescolar sería mucho menos peligroso.

Molly estaba consiguiendo romper su armadura poco a poco, sin que tuvieran que estar en la misma habitación.

Niños. Él no era particularmente aficionado a los niños, pero unos días antes hubiera dicho lo mismo de adolescentes llorando por unos vestidos de fiesta.

Molly era una fuerza de la naturaleza, debía reconocerlo. Y Houston estaba seguro de que si en lugar de estar dos semanas tuviera que estar allí dos meses acabaría tirando su capa sobre los charcos para ayudarla a pasar. Incluso podría acabar financiando Sueños de Graduación de su propio bolsillo como estaba haciendo con la reforma de la oficina o con el tiempo y los recursos de su equipo de trabajo.

La cuestión era no hacerle saber eso. Pero el recuerdo del día que pasaron juntos seguía grabado en su memoria, haciéndose cada vez más fuerte.

Y como Molly era una pequeña lianta y no dudaría en usar todas las armas que tuviera en su mano, el truco era no hacérselo saber.

Ese día decidieron tomar un taxi porque, según ella, su coche no era adecuado para el barrio al que tenían que ir.

Y tenía razón. Alguien que una vez había lanzado una piedra contra la ventanilla

de un Cadillac debería haber pensado que un Jaguar negro sería objetivo fácil para cualquiera de los chavales furiosos y desesperados de esos barrios pobres.

El colegio era un sitio lleno de colores en una calle sucia que le recordaba al lugar donde él había crecido, un barrio abandonado y desastroso. El colegio, sin embargo, tenía los ladrillos pintados de amarillo y un mural con girasoles en las ventanas del segundo piso.

En el interior, las paredes y los muebles estaban pintados de todos los colores del arco iris y el equipo de dirección le contó, entusiasmado, los programas que llevaban a cabo.

Houston se quedó impresionado. Pero lo que más le impresionó fue cómo todos parecían reunirse alrededor de Molly.

Lidiar con gente era lo suyo. Había un afecto, una simpatía en su trato que la convertía en la candidata perfecta para el puesto de Relaciones Públicas. El dinero no podía comprar la devoción que inspiraba aquella chica.

Pero aparte de eso, y siendo analítico, estaba claro que había cometido un error táctico al llevarlo allí ya que aquel proyecto en particular contaba con su aprobación. No tenía nada que demostrarle.

En su esfuerzo por mostrarle el alma de Segunda Oportunidad estaba intentando encontrar la manera de llegar a su corazón.

Y aunque se estaba acercando, la terrible verdad era que otras mujeres habían intentado que sintiera cosas que no quería sentir, habían intentado arrancar los secretos de su corazón.

Y no lo habían conseguido.

No había conocido a ninguna mujer mejor que Molly, pero sí tan decididas como ella a hacerle sentir algo. Había salido con abogadas, doctoras, arquitectas, versiones femeninas de sí mismo, interesadas sólo en una diversión temporal y algo de compañía. Pero a veces alguna había intentado cambiar las reglas pensando que tal vez querría algo más profundo: un futuro, hijos, una casita en las afueras, el cuento de hadas, el famoso «para siempre».

A Houston se le ocurrían pocas cosas que lo asustasen más que eso.

Molly lo miró en ese momento, sonriendo. Y algo en esa sonrisa lo hizo pensar que aún no había jugado todas sus cartas.

—Vamos a ver una obra musical y luego comeremos con los niños —le dijo.

Los niños. Por supuesto, contaba con ellos para llevar luz a su negro corazón. Quería pavimentar el camino para futuros niños, o más bien niñas, que necesitarían vestidos para el día de su graduación. Aunque, por supuesto era el verbo «necesitar» lo que él ponía en cuestión.

—En realidad no hace falta...

Pero los niños estaban entrando en el aula, tan emocionados como si estuvieran a punto de actuar delante de un monarca.

Houston la miró para hacerle saber que usar a los niños para tocar su corazón era

ridículo, pero antes de que Molly pudiera ver la seriedad de esa mirada, varios de los pequeñajos se lanzaron sobre ella.

Literalmente.

Se agarraron a sus rodillas con tal fuerza que Molly trastabilló. Los demás niños, como si un dique se hubiera abierto, se lanzaron sobre ella entonces hasta que Houston sólo pudo ver una masa de cabecitas que la abrazaban y la besaban al grito de ¡Señorita Molly!

¿Estaría en peligro? Houston vio, horrorizado, cómo levantaba un brazo... que desapareció un segundo después tragado por la infantil marea.

Tal vez debería rescatarla, pero sus carcajadas le hicieron saber que estaba bien. Mejor que bien, estaba encantada.

Houston intentó mostrarse indiferente, pero un extraño sentimiento había nacido dentro de él. Un sentimiento que temía identificar.

Envidia, pensó entonces. De los niños, de esas cositas llenas de mocos y manos sucias, de su espontaneidad, de su habilidad de abrazar lo inesperado.

Y envidiaba sus risas también. ¿Cuándo fue la última vez que él rió tan libremente? ¿Cuándo se había dejado llevar por completo? Tal vez nunca.

¿Lo haría alguna vez? Probablemente no. Había sentido algo de eso en el parque y de nuevo cuando bailaron en De Zen en Cuando.

¿Pero cuándo había empezado a ver la risa como un enemigo?

Tal vez eso era lo que pasaba cuando uno se cerraba a los sentimientos; que te quedabas sin lo bueno y lo malo, la mente incapaz de distinguirlos.

Por fin, Molly pudo apartarse de la masa de niños, aunque no la soltaban.

La ejecutiva de antes había desaparecido y en su lugar había una mujer despeinada, con la ropa arrugada, una carrera en la media... y a la que le faltaba un zapato.

Y Houston jamás había visto una mujer más hermosa.

Y algo más. ¿Cómo podía saber inmediatamente, sin la menor duda, que Molly sería una buena madre? Una mujer de corazón generoso y risa espontánea, el sueño de cualquier niño.

¿Y por qué ese pensamiento oprimió su pecho de tal modo que por un momento no podía respirar?

Por el canalla que la había hecho sufrir, robándole sus sueños.

No, eso era demasiado altruista. No era ella, era él. Podía sentir el pasado persiguiéndolo, dispuesto a atacar a la menor oportunidad.

Cuando Molly se reunió con él Houston se concentró en los pequeños, que estaban intentando formar una fila en la tarima del aula. Era evidente que formaban parte de los más necesitados de la ciudad. Algunos llevaban ropa vieja, cosida meticulosamente, otros no tanto. Algunos parecían descansados, otros extrañamente somnolientos, abandonados.

Y Houston supo cuáles de ellos permanecían despiertos por la noche, temiendo

ser abandonados o asustados por los ruidos que salían de otras habitaciones. Sin darse cuenta miró hacia la puerta, pero Molly, noto su deseo de salir corriendo.

—Han estado practicando para nosotros —le dijo. ¿Y por qué iba a temer él a un montón de críos desastrados?

A regañadientes, se sentó en una incomodísima y diminuta silla y cuando la profesora contó hasta tres, todos se pusieron a tocar instrumentos de percusión formando una algarabía indescriptible.

Houston miró a Molly y volvió a sentir esa opresión en el pecho. Ella estaba encantada, claro. Dando palmas, cantando con ellos, animándolos. Los niños tocaban para ella porque era la madre que todos deseaban: animada, divertida, entusiasta.

Y entonces supo qué era aquella opresión en el pecho.

Recordaba a un niño con los pantalones rotos en la obra de Navidad del colegio. Le habían encargado una tarea muy importante: tenía que poner al niño Jesús en el pesebre al final de la representación y no dejaba de apartar el telón del escenario, sabiendo que su padre no acudiría, pero rezando para que lo hiciera su madre.

La esperanza se convertía en polvo con cada minuto que pasaba, con cada canción que terminaba y su madre no entraba en el salón de actos.

Cuando llegó su gran momento, ese niño, el joven Houston, tomó el muñeco que servía de niño Jesús y en lugar de colocarlo en el pesebre lo tiró con todas sus fuerzas hacia los padres que sí habían ido a ver la función. La noche era una catástrofe para él y quería convertirla en una catástrofe para todos los demás.

Houston sintió que su frente se cubría de sudor frío, pero cuando miró a Molly vio que ella seguía emocionada con los niños.

No quería saber si sería o no una buena madre. Le dolía hasta pensarlo. Lo hacía sentir como se había sentido durante la obra de Navidad esa noche, como si quisiera destruir algo.

De modo que sacó la BlackBerry del bolsillo y empezó a leer sus correos. El contrato Bradbury, nada que ver con Segunda Oportunidad, había sido firmado. Era un contrato que representaba un millón y medio de dólares para su empresa y el día anterior lo habría animado.

El día anterior, antes de escuchar la risa de Molly bajo un montón de niños, un momento que inmediatamente y sin su permiso había empezado a redefinir todo lo que era importante en su vida.

Pero intentó sacudirse de encima esa sensación de haber encontrado algo realmente importante, tal vez lo único importante, como intentaría sacudirse de encima un golpe que lo hubiera dejado noqueado e intentó concentrar su atención en la agenda electrónica.

El contrato con Chardon también iba por buen camino.

Molly se felicitó a sí misma por haber llevado a Houston al colegio. El concierto

había sido una delicia de tambores, palillos y triángulos y unos minutos después empezó la sección de ritmo, con niños de tres y cuatro años.

Eran irresistibles, pensó, mientras los veía pelearse por tomar su mano para ir al comedor. ¿Cómo podía Houston estar tan interesado en su BlackBerry? ¿Estaba fracasando en su intento de hacerle ver el alma de Segunda Oportunidad?

Ella tenía a su ejército de niños y se sentía orgullosa de que gracias a Segunda Oportunidad los pequeños pudieran comer caliente al menos una vez al día.

Las mesas del comedor estaban cubiertas por manteles de hule y sobre ellas había cuencos de plástico con verduras cortadas en trocitos: pimientos rojos y verdes, apios, calabacines, zanahorias. A su lado, cuencos con salsas en los que los niños mojaban las verduras. Pero ahí no terminaba la diversión porque también había bandejas con pipas de girasol, semillas de amapola y pasas en las que los niños rebozaban las verduras.

Aunque la mayoría iban limpios, a menudo llevaban ropa vieja, usada o cosida. Y los zapatos contaban la verdadera historia de cada uno: viejos, deslustrados, con los cordones rotos.

Molly no pudo evitar mirar los zapatos de Houston. Chuck también había sido un aficionado al calzado caro y una vez le había enseñado unos zapatos en internet que, según él, serían un buen regalo de cumpleaños: unos Testoni Norvegese que valían quinientos dólares.

¿Eran esos zapatos los que llevaba Houston?

Si no, eran muy parecidos. ¿Cómo iba a convencerlo de la importancia de aquellos proyectos si su mundo era tan diferente, tan alejado del de esos niños que ni siquiera podía comprenderlo?

Tenía que hacer que soltase la maldita BlackBerry de una vez. Ojalá tuviese un poco de tierra para tirarla sobre sus zapatos, tal vez así lo haría reaccionar como el otro día, en el parque. Tenía que hacerle ver que aquello era importante de verdad. Aquel colegio era un microcosmos de todo lo que hacían en Segunda Oportunidad y si pudiera sentir el cariño que ponían en ello y el que recibían, aunque sólo fuera un segundo, todo cambiaría.

—Houston, siéntate —le dijo, tocando una sillita a su lado.

Él, no por primera vez, miró hacia la puerta como si quisiera salir corriendo. Y después la miró, no como un hombre que iba a merendar con unos chavales de preescolar sino como un guerrero dispuesto a la batalla.

Los niños se quedaron callados, mirándolo.

Si sabía que su traje estaba en peligro no lo hizo notar porque, sin dudar un segundo, se sentó a su lado, colgó la chaqueta en el respaldo de la silla, a pesar de que en la etiqueta decía Giorgio Armani, y se cruzó de brazos.

A los niños no les gustaban las mismas cosas que a los adultos. A ellos les daba igual el Rolex o los zapatos italianos o la etiqueta de su chaqueta.

Muéstrame quién eres en realidad, parecían pensar.

Molly le pasó un pimiento rojo y se quedó esperando.

—¿Qué debo hacer con esto?

—Mójalo en alguna de las salsas y luego rebózalo por una de esas bandejas, las que tienen pipas de girasol o pasas.

Houston siguió sus instrucciones hasta que el pimiento rojo se convirtió en una masa informe.

—Señorita Michaels —le dijo, poniéndolo delante de su cara—. Usted primero.

Molly tragó saliva y, de repente, todo pareció esfumarse, el colegio, los niños, los profesores. ¿Había algo más romántico que comer de la mano de otra persona?

Por alguna razón, el simple acto de compartir comida era el paradigma de la confianza y la conexión.

Molly se inclinó hacia delante y mordió el pimiento con las pipas de girasol y las pasas incrustadas.

—Mmmm... ambrosía —murmuró. Houston la miraba con una expresión extraña, pero no dijo nada—. Ahora me toca a mí —dijo luego, tomando un pedazo de apio.

—Odio el apio —le advirtió él.

—Lo siento, pero tienes que dar ejemplo.

Houston miró alrededor y pareció rebelarse durante un segundo, pero después le arrancó el trozo de apio con los dientes.

Era fácil imaginar el mismo escenario en circunstancias muy diferentes. Y tal vez él también lo estaba haciendo porque sus ojos grises tenían un brillo innegablemente sensual.

¿Cómo podía estar pasando aquello? El tiempo parecía haberse detenido y el corazón de Molly latía como loco en medio de una situación que, en principio, no debería ser romántica en absoluto.

Pero afortunadamente el momento pasó y los niños siguieron haciendo sus propias creaciones culinarias.

Uno de los más atrevidos se levantó para ofrecerle a Houston un trozo de zanahoria... y unas gotas de salsa cayeron sobre los carísimos zapatos.

Molly vio que el niño había puesto la manita sucia sobre la chaqueta de Armani.

Un hombre que llevaba un traje tan caro no sería capaz de ver el alma de todo aquello, pensó, alarmada.

Pero a Houston no pareció importarle en absoluto. No se apartó ni puso mala cara. Después de su inicial horror al ver a los niños, parecía haberse acostumbrado. De hecho, se mostró encantado mientras probaba la zanahoria.

—Riquísima —anunció.

Cuando tomó otro pedazo de zanahoria, los niños le fueron dando instrucciones de lo que debía hacer con ella y él las siguió al pie de la letra hasta que la hortaliza era irreconocible.

—Deliciosa.

Molly lo miraba, perpleja. Algo había cambiado en él. Era diferente a cuando corrían el uno detrás del otro en el parque o cuando bailaron en la tienda.

Tras la aparente seriedad de su expresión veía a alguien capaz de una exquisita ternura, alguien sensible, incluso dulce.

Pero estaba segura de que si Houston se diera cuenta cambiaría inmediatamente, de modo que apartó la mirada... para mirarlo de nuevo un segundo después. Se sentía como alguien que hubiera bebido vino barato toda la vida y que, de repente, se encontraba con un vino de reserva de sabor auténtico. Delicioso.

La niña que estaba al lado de Houston, la más silenciosa de todas, tomó un trozo de apio empapado en salsa y se lo ofreció. Y Houston repitió la operación, masticándolo y anunciando que estaba riquísimo.

—Gracias, princesa.

La pequeña sonrió; una sonrisa de total confianza, de total adoración.

Los niños, por supuesto, veían a través de las capas de un adulto mucho mejor que nadie.

«Me estoy dejando seducir», pensó Molly entonces. Y era incomprendible porque Houston no estaba intentando seducir a nadie. Sencillamente, estaba haciendo su papel de una manera natural, como si hubiera nacido para interpretarlo.

Pero maldita fuera, ¿qué mujer no perdería la cabeza al ver a aquel hombre entregándose a los niños?

Podría amarlo, pensó. Y se quedó de piedra cuando tal pensamiento se formó en su cerebro.

«No seas ridícula», se dijo a sí misma.

Estaba allí para conseguir un objetivo: quería que Houston reconociese que había potencial para la felicidad en cualquier parte, en cualquier circunstancia. Y que llevar eso a personas que no habían tenido ninguna alegría en sus vidas era parte del alma de Segunda Oportunidad. Era lo que mejor hacían.

Pero sus motivos se convertían en algo borroso porque cuando miraba a Houston Whitford le temblaban las rodillas.

En unos minutos tenía a todos los niños buscando su atención. Él aceptaba solemnemente sus ofrendas, tratando cada una como si fuera la aventura culinaria de un restaurante de cinco tenedores.

Imitó al Conejo de la Suerte, pidió que le dieran las recetas, usaba palabras que Molly tendría que buscar en el diccionario...

Y rió a carcajadas.

Era como la risa en el parque, posiblemente el sonido más delicioso que había escuchado nunca, más profundo, más genuino.

Molly pensó en las veces que había tenido que convencer a Chuck para que hiciera cosas divertidas con ella: ir a patinar, a montar en bicicleta, a pasar el día en Long Island, a esquiar a Vermont durante las vacaciones. Normalmente pagaba ella, claro, pero jamás fue lo que esperaba.

Siempre intentaba sentir algo de la magia que prometían las canciones y las películas. Pero nunca fue así.

Había llevado a Houston al colegio porque esperaba mostrarle lo que era Segunda Oportunidad. Lo que no había esperado era verlo como un ser humano.

¿Y si aquél era el Houston real?, se preguntó. ¿Y si era el tipo de hombre que había nacido para ser padre? Divertido, juguetón, capaz de cuidar y amar a sus hijos.

—Ya te dije que no reías lo suficiente.

—Y debo admitir que tienes razón —contestó él.

Cuando le sonrió fue como si el mundo desapareciera y estuvieran los dos solos, compartiendo algo profundo y espléndido.

Molly se encontró deseando capturar esos momentos, retenerlos, guardarlos para siempre. Entonces recordó la cámara que le había dado, y que llevaba en el bolso, y empezó a hacer fotografías de Houston con los niños.

—Está todo riquísimo —lo oyó decir—. Pero no puedo comer nada más, estoy lleno.

Sin embargo, aceptó la última zanahoria de otro niño y se pasó una mano por el estómago, fingiendo que tenía que empujarla. Los críos reían, encantados, y Molly rió también.

Pero bajo su risa había algo más.

Había pensado que llevarlo al colegio sacaría al auténtico Houston Whitford. Y estaba en lo cierto.

Desgraciadamente, si aquel hombre despreocupado y relajado era el auténtico Houston, su nuevo jefe era más atractivo que nunca. Y la hacía sentir como la Molly que creía haber dejado atrás, la Molly que soñaba y anhelaba, la Molly que vivía en un mundo de fantasía.

—¿Te quedarás para la hora de los cuentos? —le preguntó uno de los niños.

No, nada de finales felices, por favor. De repente, Molly quería sacarlo de allí cuanto antes. Su plan de tocarle el corazón se había vuelto en su contra. Había querido ganárselo para la causa, no para ella misma.

Pero Houston se estaba ganando su corazón y no tenía nada que ver con Segunda Oportunidad.

—No, no podemos quedarnos. Lo siento.

No estaba en el horario de aquel día, afortunadamente. Pero incluso antes de que los niños empezaran a suplicar, él la miró a los ojos y Molly supo que no iban a ir a ningún sitio.

Con manchas de grasa, salsa y hortalizas por toda la camisa, Houston se dejó llevar hasta el servicio, donde se lavó las manos en un lavabo diminuto y luego ayudó a los niños a hacer lo mismo.

Después de lavar las manitas de «la princesa», la niña le hizo un gesto para que se inclinase y él obedeció, seguramente pensando cómo pensaba Molly que la renacuaja iba a contarle un secreto.

Pero lo que hizo fue darle un sonoro beso en la mejilla.

Molly, que tenía preparada la cámara, tuvo tiempo de hacer una fotografía.

Clic.

Houston se incorporó, ruborizado.

Clic.

—¿Has convertido a la rana en un príncipe, princesa? La niña lo miró con expresión solemne.

—No.

Pero no era eso lo que Molly pensaba, en absoluto. Porque Houston se había convertido en un príncipe ante sus ojos.

Y de nuevo se dio cuenta de que aquella excursión no estaba diciéndole tanto sobre Houston Whitford como sobre ella misma.

Quería las cosas que había querido siempre, con más desesperación que nunca. Y esa desesperación aumentó al verlo cautivo, como Gulliver, por docenas de manitas que lo llevaban de vuelta al aula para la hora de los cuentos. Houston se sentó en el suelo, con todos los niños alrededor, todos tocándole el brazo, la pierna, los zapatos.

La «princesa» se sentó directamente en su regazo con el pulgar en la boca y, unos minutos después, se había quedado dormida.

Molly no podría decir qué cuentos habían leído cuando se marcharon una hora después, con Houston poniendo a la princesa en brazos de una de las profesoras. Y fue un momento de tal ternura que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

Estaba viendo a Houston en el contexto de una familia y podía sentir su fuerza, su deseo de proteger, su corazón.

Y había esperado toda su vida sentir esa ternura por otra persona.

Pero era un error, un terrible error. No había velas encendidas ni música romántica y olía sospechosamente como si la princesa hubiera tenido un «accidente» mientras dormía.

Supuestamente, el amor debería llegar antes que esos momentos de ternura, ¿no?

¿Qué significaba aquello? ¿Que podía enamorarse de aquel hombre tan complicado que, además, era su jefe?

No, no podía ser. No más sueños, no más fantasías, nada de dejarse aprisionar por historias románticas.

Pero al verlo entregando delicadamente a la niña dormida se había sentido irremisiblemente atraída por él. Como la proverbial polilla a la luz.

—Siento que no se haya despegado de usted —se disculpó la profesora.

—No, por favor.

—La pobrecita lo está pasando mal en este momento. Su madre se ha ido de casa hace unos días y está viviendo con su abuela.

Y así, de repente, la luz que había visto en los ojos de Houston desapareció, reemplazada por algo frío, extraño.

Molly quería seguir viendo al otro hombre, al que era capaz de tal ternura, pero tal vez sólo lo había imaginado. Y tenía que comprobarlo.

Tenía que ponerse a prueba en ese nuevo reto.

Mientras esperaban un taxi en la puerta del colegio, Houston estaba callado, distante, con la agenda electrónica en la mano. Como el día que fueron al parque, primero se acercaba y luego se alejaba.

—Has sido un éxito con los niños —le dijo.

Él hizo una mueca.

—Necesitan atención, eso es todo.

—Pero yo te imagino como un papá maravilloso en el futuro. Houston la miró entonces. O más bien la fulminó con la mirada.

—Eso es lo último que quiero ser.

—¿Por qué?

—Porque ser padre es mucho más que comerse unas zanahorias y leer unos cuentos. Tienes que poner a otra persona por delante en todo momento. ¿Te parezco yo la clase de persona que pone a otro por delante de sus propias necesidades?

—Lo has hecho ahí.

—Pero no lo soy.

—Pareces enfadado —dijo Molly—. ¿Qué te pasa?

—Ahí hay una niña que ha sido abandonada por su madre. ¿Cómo puede pasar algo así? ¿Cómo puede esa mujer? —furioso, Houston se pasó una mano por el pelo—. ¿Cómo alguien que ha tenido una niña preciosa como ésa no dedica toda su vida a cuidar de ella, a hacerla feliz?

—Un padre excelente —dijo Molly.

—No, eso no es verdad —replicó él, enfadado—. ¿Te importa volver a la oficina sola? Acabo de recordar que tengo que hacer una cosa urgente.

Y se marchó calle abajo, sin miedo, como si el traje de marca y los zapatos italianos no lo convirtiesen en un claro objetivo en aquel barrio.

Pero Houston Whitford no era un objetivo, no era una víctima.

Molly estuvo a punto de llamarlo, pero no lo hizo. Houston era así, ya se había dado cuenta. Se acercaba para retirarse después.

Había sentido algo y quería levantar las barreras para defenderse.

¿Por qué? ¿Qué le había pasado en la vida que prefería un mundo solitario a uno compartido?

—¡Espera! —lo llamó por fin—. Voy contigo.

Houston se detuvo y esperó, mirándola casi como si fuera un alivio no tener que llevar solo la carga que llevaba sobre los hombros.

Capítulo 7

Houston vio a Molly caminando aprisa para reunirse con él. La verdad era que quería ir al gimnasio para entrenarse durante una hora con el saco de arena. Tal vez la esperaba en lugar de seguir adelante porque golpear el saco de arena no lo había relajado como esperaba la noche anterior. Aunque ahora le parecía el único sitio en el que descargar su furia.

La madre de aquella niña tan preciosa no la quería, pero sabía que se engañaba a sí mismo al pensar que estaba furioso con esa mujer.

Porque en el momento que oyó reír a Molly bajo la pila de niños había experimentado un anhelo desesperado por algo que nunca iba a tener: anhelo por el cariño de una madre.

Ella había muerto, lo sabía. Había contratado a un detective privado unos años antes para averiguar su paradero pero, de alguna forma, siempre había sabido que estaba muerta. Drogas, una sobredosis.

La muerte. Ésa era la única explicación razonable para una madre que se había olvidado de su hijo. Pero el informe del detective no le había dicho lo que esperaba escuchar: su madre había muerto pocos años antes de que lo contratase, de modo que había tenido tiempo de buscarlo.

Y no lo hizo.

Y él no podía hacer nada al respecto. No había nada que un hombre como él odiase más que esa sensación de total inutilidad, de total incapacidad.

Molly llegó a su lado, pero él siguió caminando a toda prisa, a propósito para no ponérselo fácil porque sabía que tendría el instinto femenino de hablar, de pedirle que le contase sus penas.

Y él no quería contárselas a nadie.

Pero notó que su rabia se disipaba cuando dejaron atrás la parte más peligrosa de Lower East Side para adentrarse en el Village.

—Yo vivo aquí —dijo Molly, deteniéndose frente a un edificio de cinco plantas—. ¿Quieres subir a tomar un café? Puedo presentarte a *Calvito*.

Iba a preguntarle qué le pasaba, pero Houston no tenía la menor intención de subir a su casa. Por otro lado, el saco de arena no estaba haciendo su magia habitual. Houston vaciló y, entendiendo esa vacilación como un sí, Molly abrió el portal.

Aún tenía la posibilidad de marcharse, pero por alguna razón no lo hizo. De hecho, se ordenó a sí mismo seguir caminando, decirle que tal vez otro día. Y, sin embargo, entró tras ella.

—Cierra la puerta, rápido —le pidió Molly cuando entraron en su apartamento—. *Calvito*...

Y en la oscuridad del apartamento, un diminuto misil se lanzó volando hacia ellos, una cosa sin plumas que aterrizó en el hombro de Molly y lo miró a él con expresión triste.

—Madre mía —murmuró Houston. El periquito era horroroso, tanto que hasta resultaba simpático—. Parece un extraterrestre.

—Sí, pobrecito —Molly rió mientras el animalillo picoteaba suavemente su oreja—. Es muy bueno —dijo luego, mientras lo dejaba sobre un perchero frente a la ventana—. Le gusta mirar la calle.

—Ya veo.

—Siéntate, voy a hacer un café.

Pero Houston no se sentó. En lugar de eso, cuestionando su sentido común por haber subido cuando no debería, estudió el póster enmarcado de un globo aerostático sobre el valle de Napa, en California. ¿Cómo era posible que aquel apartamento tan pequeño pareciese un hogar cuando él jamás había logrado eso?

Debían ser las flores frescas sobre la mesita de café.

—Bonitas flores.

—Las compro todas las semanas, me gusta tener flores en casa. Houston se apoyó en el quicio de la puerta de la cocina mientras ella hacía el café.

—¿No hay un novio que te las compre?

Ésa era la razón por la que había sido un error aceptar la invitación. Aquello estaba yendo demasiado lejos. La había perseguido con un gusano en la mano, como si fuera un crío, había bailado con ella en una tienda, había sentido la presión de sus labios en el dedo cuando comió de su mano. Y ahora estaba en su casa.

En el instituto aquello podría contar como una relación, pero no para un hombre adulto.

—Mi novio nunca me compraba flores.

—¿Ah, no?

¿El idiota no le compraba flores? Él le compraría flores si fuera su novio...

Houston apretó los labios. ¿Por qué tenía que pensar esas cosas?

—Era más que mi novio, era mi prometido.

—Ah —murmuró Houston, tomando la taza de café que le ofrecía.

—Ven, vamos a sentarnos en el sofá —dijo Molly—. Se llamaba Chuck. Supuestamente íbamos a casarnos y a vivir felices para siempre, pero en lugar de eso se marchó a Costa Rica con mi dinero. Por eso decidí que no podía seguir siendo una romántica.

¿Por qué le contaba aquello?, se preguntó él. ¿Estaban compartiendo confidencias?

—La verdad es que en el fondo tuve suerte —siguió—. Porque conocer a Chuck me preparó para ti... —al ver la expresión de Houston, Molly se apresuró a aclararlo—. Quiero decir que me hizo más dura. Así que ya no soy una romántica y puedo lidiar con los cambios en Segunda Oportunidad.

Houston no se dio cuenta de que había dejado de respirar hasta que volvió a hacerlo. Por un momento había pensado que perder a su prometido la había liberado para amarlo a él. Una tontería, por supuesto. Aunque resultaba difícil no reírse de su

declaración de que ahora era «dura».

—Pero no quiero ser demasiado dura. Por ejemplo, me gustaría saber por qué te has enfadado tanto al saber que la madre de esa niña la había abandonado.

Houston se aclaró la garganta.

—No me he enfadado.

Molly levantó una ceja, incrédula.

—Cuando yo era pequeña, mis padres se peleaban todo el tiempo y yo soñaba con tener una familia en la que todo el mundo se quisiera. Una familia que no se pelease.

—Ah, claro.

—¿Tú crees que hay familias así?

—¿Sinceramente? No, no lo creo.

—Eres muy cínico, Houston. ¿Por qué?

¿Quería saberlo? Muy bien, se lo contaría.

—Porque crecí en una familia como la tuya. Broncas constantes, caos, gritos, peleas. Bueno, en realidad seguramente la tuya sería una postal de Navidad comparada con la mía. Pero a mí me hizo alérgico a las familias.

—¿Y no te sientes solo?

Houston tardó algún tiempo en contestar:

—Tal vez —admitió por fin—. Pero no tanto como para soñar con algo que no va a ocurrir nunca. Eso es aún peor.

—¿Tú esperabas algo que no ocurrió nunca?

Él no contestó. Para eso quería que subiera, para interrogarlo, para que le abriera su corazón. Y él no quería abrirle su corazón a nadie.

—Confía en mí, Houston —dijo Molly entonces. Y él no pudo resistirse. Aunque lo intentó por todos los medios, se escuchó a sí mismo diciendo:

—Una vez, cuando era muy pequeño, participé en una obra de Navidad.

Y, sin saber cómo, se lo contó todo. Y con cada palabra, era como si la cadena que llevaba alrededor del corazón fuera soltándose, eslabón por eslabón.

Cuando terminó, Molly estaba apretando su mano.

—¿Y por qué no fue a verte? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿Era la primera vez?

—No, era una de muchas.

—Porque no le importaba nadie más que ella misma —murmuró Molly—. ¿Pensabas que era culpa tuya?

Por supuesto había pensado que era culpa suya. Todos los niños se sienten culpables. En realidad, había pensado que era una persona a la que nadie podía querer. Si su propia madre no era capaz de quererlo, ¿quién iba a hacerlo?

Pero no era a su madre a quien no había perdonado sino a sí mismo por no merecer su amor, por no ser una persona por la que su padre y su madre hubieran intentado seguir juntos y tener una vida normal.

Molly levantó su mano para ponerla en su cara. Estaba llorando. Era un gesto tan tierno, tan poderoso.

Algo dentro de él se rindió. Se permitió a sí mismo sentir algo que no había sentido en mucho tiempo: en casa, como si aquél fuera su sitio. Como si por fin en el mundo hubiera una persona que lo aceptase por lo que era.

Tuvo la tentación de contarle algo más, pero le pareció una debilidad no poder luchar contra el deseo de hacerlo. Entonces, sin darse cuenta, deslizó la mano por su cara y trazó su labio superior con un dedo, mirándola a los ojos.

«Voy a besarla», pensó.

De repente se apartó, asustado. Pero Molly se inclinó hacia delante. Evidentemente, había visto lo que él quería que permaneciera escondido. En todos los sentidos.

Rozó sus labios suavemente, de una manera muy *sexy*, y Houston tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para apartarse. Se levantó abruptamente, sabiendo que si se quedaba allí no sería capaz de controlarse.

—Esto no debería pasar —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque es inapropiado. Y te pido disculpas.

—He sido yo quien te ha besado y no pienso pedirte disculpas.

—Molly, no sabes lo que estás haciendo.

—Tal vez sí.

Como si ella viera las cosas con más claridad. Sólo porque le había contado algo de su vida. Y no le gustaba habérselo contado. Ese breve momento en el que sintió que se quitaba un peso de encima, en el que no se sintió tan solo, estaba empezando a pesarle.

—Tengo mucho trabajo que hacer —murmuró, saliendo del apartamento sin decir nada más.

* * *

Pero no volvió a la oficina a trabajar. Ni siquiera encendió el ordenador al llegar a casa. Estaba sentado en la terraza, frente a Central Park. Una terraza tan lujosamente amueblada como el resto del apartamento, con muebles de hierro forjado, mullidos cojines blancos, plantas y flores por todas partes.

Estaba tomando una copa de vino, un Romanée Conti de Borgoña, tan raro y tan buscado que había que encargarlo con meses de antelación.

Y se le ocurrió que era la clase de vino que uno bebería en una cita.

Por encima del ruido del tráfico podía oír los cascos de un caballo tirando de una calesa; una de esas calesas para turistas que recorrían Central Park.

Por segunda vez, muy raro ya que Houston no era dado a pensamientos románticos, se preguntó si sería una pareja de amantes o recién casados llenos de optimismo, de esperanza, abrazados bajo una manta, el mundo maravilloso porque estaban enamorados.

Se dio cuenta entonces de que se sentía solo y que el roce de los labios de Molly había despertado en él algo aterrador.

En general tenía tanto trabajo y tantas cosas que hacer que no se paraba a... sentir. Y nunca había sentido el anhelo repentino de compartir su vida con otra persona.

Molly Michaels para ser más específico. La verdad era que compartían algo, un lazo, una intimidad que no había compartido con nadie más.

Entonces recordó que Molly le había devuelto la cámara. La sacó del bolsillo de la chaqueta y empezó a repasar las fotografías hasta que vio a la princesa dándole un beso en la mejilla.

Algo había cambiado para él en ese momento, tuvo que reconocer. Porque se había sorprendido a sí mismo viendo claramente la necesidad de cariño que tenían esos niños. Pero la mayor sorpresa era que él hubiese abrazado esa necesidad en lugar de salir corriendo.

Todo se había vuelto personal después de eso.

No tenía nada que ver con ayudar a Beebee o a la señorita Viv. Esos niños huérfanos o abandonados le habían recordado cosas que había creído enterradas mucho tiempo atrás. Llamaban al Houston que había sido una vez y se preguntó si habría algo allí que tuviese algún valor.

—Lo dudo —murmuró. El hecho de que no hubiera contestado aún a la carta de su padre lo dejaba bien claro.

Houston suspiró, cansado. Debería haber delegado en alguno de sus empleados el encargo de salvar Segunda Oportunidad porque estaba resucitando sentimientos que él prefería olvidar.

Pero siguió mirando las fotografías y se detuvo al ver una de Molly en el parque. Estaba apoyada en la pala, con una mancha de tierra en la cara, el pelo alborotado, un brillo de burla en los ojos.

En ese parque había desaparecido la tensión que solía mostrar cuando estaba con él para volver a ser la chica juguetona que entró en el despacho de la señorita Viv vestida de novia.

La gente la adoraba, eso quedaba claro en la siguiente fotografía, en la que bailaba con los demás voluntarios riendo mientras levantaba una pierna como una corista.

Ésa era la promesa que había visto en sus ojos desde el principio. Molly Michaels podía tomar una vida que había sido demasiado seria durante mucho tiempo y ponerle algo de diversión.

¿Qué aportaría Molly a una noche como aquélla?, se preguntó. ¿Se conformaría con sentarse allí, escuchando los sonidos de la ciudad o querría salir, ser parte de la actividad?

Houston pensó entonces en sus labios y sintió un escalofrío de deseo que mató enseguida. Porque la cuestión era qué precio tendría que pagar por todo eso. ¿Sería

demasiado alto?

—Ah, pero la cuestión no es si el precio sería demasiado alto para mí sino el precio que Molly tendría que pagar y si querría hacerlo.

Satisfacer su curiosidad invitándola a entrar en su vida sería jugar con el peligro porque tarde o temprano querría cosas que él no podría darle.

Uno no podía dar lo que no tenía, lo que nunca había conocido. Aunque Beebee se llevaría una desilusión al saber que, a pesar de todos sus esfuerzos, no había aprendido la lección: que una vida plena no se vivía a solas.

Y nunca sin amor.

En realidad, Beebee había llegado demasiado tarde. Tenía catorce años cuando se conocieron y Houston ya había aprendido una dura lección, su personalidad ya estaba formada.

No quería ni pensar en la palabra amor... pero al recordar que Molly había querido que tocara sus lágrimas sintió algo que no había sentido desde que descubrió que su madre había muerto.

Sintió un nudo en la garganta y un escozor en los ojos.

Eso era lo que tenía que recordar sobre el amor, se dijo a sí mismo. Que dolía como el demonio y podía hacer que un hombre fuerte como su padre se volviera débil.

O un hombre como él. Uno debía acercarse a esas tentaciones teniendo un plan, una salida.

De modo que cuando volviese a ver a Molly se mostraría fríamente profesional. Daría un paso atrás, no pensaría en perseguirla con un gusano en la mano ni en bailar con ella o abrazarla y contarle sus secretos. No pensaría en lo que había sentido al abrir su mundo a otro ser humano.

Resistiría la tentación de ir a su despacho sólo para verla, para charlar un rato, para preguntarle por su periquito sin plumas.

Cuando Molly apareció en la puerta de su despacho al día siguiente a la hora de comer, Houston no quiso pensar en lo guapa que estaba con el traje blanco de lino y la camisola amarilla, el pelo haciendo ya la rutinaria escapada de su moño.

—Ayer terminaron de pintar mi despacho —le dijo alegremente—. Y debo reconocer que el color ocre no es tan feo.

—Me alegro.

Aparentemente, también ella había decidido tratarlo como si sus labios no se hubieran rozado. Estaba siendo profesional, hablando de la pintura del despacho y no de la noche anterior. ¿Era por eso por lo que había tardado tanto en ir a verlo?

—Esta mañana ha tenido lugar la subasta de trajes.

Como si él le hubiera preguntado dónde había estado toda la mañana.

—¿Qué tal ha ido?

—Muy bien.

Estaban al borde de un precipicio. ¿Iban a lanzarse? ¿Iban a recordar la noche anterior o a seguir adelante?

—A mi periquito le gustas —dijo Molly entonces—. Y te aseguro que no le gusta todo el mundo.

¿A su periquito le gustaba? ¿No estaba pensando en el beso entonces? ¿Habría sido un beso por compasión?

—Me alegro —murmuró Houston, sintiéndose ridículo.

—Quiero que sepas que el día de ayer significó mucho para mí —siguió ella—. Fue importante que me dejaras mostrarte el alma de Segunda Oportunidad... y que luego me mostrases un poco de la tuya.

—No me gusta la compasión, Molly.

—¿Compasión? —repitió ella, riendo—. Dios mío, Houston, no me imagino a un hombre que inspire menos compasión que tú.

Se daba cuenta de que lo decía en serio, de modo que el beso no había sido por compasión en absoluto. Y era tan guapa cuando reía.

Una semana más, pensó. Sólo le quedaba una semana en Segunda Oportunidad y podría evitar a Molly si se quedaba en el despacho de la señorita Viv con la puerta cerrada, por ejemplo.

Houston Whitford se había convertido en un empresario de éxito gracias a su habilidad para llevar el control, pero aquella semana estaba viendo algo diferente de sí mismo. Y esa versión de sí mismo no podía rechazar lo que Molly le ofrecía.

Una semana. Había dos posibilidades: podía evitarla o podía estar con ella. ¿Por qué no iba a regalarse una semana con Molly Michaels?

Porque era absurdo, pensó. Era peligroso.

Y, sin embargo, sentía la alegría de un hombre que hubiese tirado el plan por la ventana, se sentía libre.

Durante una semana.

—¿Quieres que vayamos a comer?

Molly sonrió. La luz del sol jugaba con su pelo dándole el brillo del cobre y recordándole por qué los niños se sentían atraídos por las hogueras. Antes de quemarse, el fuego era irresistible; la tentación que ofrecía haciendo que uno olvidase las consecuencias.

Molly no saboreó el almuerzo en un restaurante de cinco tendedores. No pensaba en la señorita Viv ni en Sueños de Graduación ni en el futuro de Segunda Oportunidad. Estaba pensando en Houston.

Cuando se separaron después de comer estaba más inquieta que nunca. Muriéndose por verlo de nuevo, pensando en el beso del día anterior...

¿Le pasaría a él también?

Poco después de volver a la oficina sonó el teléfono.

—El equipo de fútbol juvenil que patrocinamos juega esta noche en Central Park. Y a mí no me importaría ir —era Houston.

«¿Conmigo?», se preguntó Molly.

—Contigo —dijo él, como si lo hubiera preguntado en voz alta.

Molly pensó inventar una excusa para impresionarlo, para hacerse la dura, pero había jugado a esos juegos antes y sabía que eran absurdos. Lo que quería de Houston era demasiado real.

—Me encantaría ir contigo.

Y así fue como terminaron pasando juntos la mayor parte de la semana. El partido de fútbol llevó a una cena y luego Houston le dijo que tenía entradas para *El fantasma de la Ópera* al día siguiente. Aunque era la obra que llevaba más tiempo en Broadway, Molly no había tenido oportunidad de verla y estaba encantada.

Y cuando salieron del teatro, Houston insistió en acompañarla a casa.

—Si prometo portarme como un caballero, ¿puedo subir a ver a *Calvito*?

—Por supuesto —dijo ella, riendo.

Houston soltó una carcajada cuando el periquito se colocó sobre su hombro y le dio un pellizco en la oreja.

Estar con él era emocionante, divertido, pensó Molly. Se encontraba compartiendo con él cosas que no había compartido con nadie. Le habló de sus anteriores mascotas, le contó cosas de su infancia, anécdotas sobre una larga lista de padrastros. Y, por fin, fue él quien recordó que tenían que trabajar al día siguiente.

Pero vaciló en la puerta y, por un momento, Molly pensó que iba a besarla. Y si lo hacía no sabía qué pasaría porque estaba llegando un momento en el que ninguno de los dos podría dar marcha atrás.

Pero Houston recordó su promesa de portarse como un caballero y al día siguiente Molly agradeció esa disciplina porque ya era bastante difícil separar la vida personal de la profesional sin la complicación de otro beso.

Aunque incluso sin esa complicación, su vida de repente parecía encendida desde dentro.

Habían pasado de ser enemigos a ser miembros del mismo equipo. Trabajaban juntos, compartiendo su visión para Segunda Oportunidad, y Houston la hacía reír.

Comían juntos, cenaban juntos y siempre la acompañaba a casa después.

Molly empezaba a ver que tenía razón sobre Segunda Oportunidad, que podía ser mucho mejor y mucho más de lo que ella había creído posible.

Y la vida era mucho más emocionante de lo que hubiese creído nunca.

Le parecía como si hubiera pasado una eternidad desde el día que se probó el vestido de novia. En aquella semana de cambios y descubrimientos, Molly había sentido todo lo que debía sentir una novia: risas compartidas, largas conversaciones, no sentirse sola.

¿Estaba enamorándose de su jefe?, se preguntó. Si enamorarse significaba

sentirse gloriosamente viva cada minuto que pasaban juntos, sí. Si enamorarse significaba notar que los ojos de la otra persona eran del color de la luna reflejada en el agua, sí. Si enamorarse era vivir por un roce accidental de su mano, sí.

Si enamorarse hacía que las cosas más normales, tomar un café por la mañana o escuchar su voz por teléfono, le pareciesen extraordinarias, sí, estaba enamorada de Houston.

Molly levantó la mirada en ese momento y lo vio en la puerta de su despacho. Y algo en su expresión hizo que sintiera un escalofrío.

—Mañana es el gran día —le dijo, intentando sonreír.

Pero él no le devolvió la sonrisa.

—Molly, tengo que enseñarte algo.

Estaba tan serio que tuvo que dejar de sonreír. En la puerta los esperaba un taxi y Houston le dio una dirección que no reconoció.

Pero algo le decía que iban a un sitio al que ella no quería ir.

Capítulo 8

Houston sabía algo que Molly no sabía: pronto dejarían de verse para siempre. Pero se daba cuenta de que la semana que se había dado para estar con ella no era suficiente. Quería más. Una mujer como Molly hacía que un hombre no pudiera cansarse nunca.

Se había sentido como un hombre al que los médicos le hubieran dado una semana de vida; interesado por todo, más despierto y más emocionado que nunca.

Pero también había una sombra sobre su cabeza, una especie de premonición. Cuando pensaba que no volvería a verla era como si se pusiera el sol, como si su mundo se volviera un sitio gris y desolado, parecido al barrio en el que estaban entrando en ese momento.

No sabía cuándo había decidido enseñárselo a Molly. Sólo sabía que lo había hecho y que cuanto más se acercaban al sitio que una vez fue su casa, y que de alguna forma nunca lo había dejado, más se le encogía el corazón. Aquél era el mayor riesgo de su vida. ¿Y si le contaba la verdad sobre él? ¿Toda la verdad?

—Quiero enseñarte algo —volvió a decir mientras bajaban del taxi.

Molly estaba acostumbrada a los barrios marginales, pero había ciertos sitios en los que ni siquiera Segunda Oportunidad se atrevía a adentrarse.

—Éste es el barrio de Clinton, antes lo llamaban La Cocina del Infierno.

El taxista se alejó de inmediato, sin atreverse a esperar un segundo más.

—¿Has encontrado un nuevo proyecto? —preguntó Molly.

—No, no es eso. Yo crecí aquí.

—¿En este barrio? —preguntó ella.

Houston la miró, intentando descifrar su reacción. No había ni rastro de compasión en su cara, sólo un brillo de reconocimiento en sus ojos verdes, como si supiera mejor que él por qué la había llevado allí.

—Sí, aquí. Pero ven, quiero enseñarte algo más —Houston empezó a caminar por la acera, llena de papeles y porquería—. Esto antes no era una tienda de licores, era un banco.

Molly sabía que iba a contarle algo importante, algo que no le había contado a nadie más.

—Cuando tenía catorce años mi padre perdió su trabajo —empezó a decir Houston—. Mi madre le gritaba que era un inútil y lo amenazaba con marcharse y buscar algo mejor. Y un día mi padre compró una pistola y decidió atracar el banco.

—Dios mío...

—Cuando salía, un hombre intentó detenerlo y mi padre le disparó. Afortunadamente, no lo mató. Pero fue a la cárcel y, una semana después, mi madre había hecho realidad la promesa de marcharse. Nunca volví a verla.

—¿Y qué fue de ti? —preguntó Molly.

—Me convertí en un amargado, en la clase de persona que no confía en nadie.

—Eso no es verdad.

Houston recordó entonces el día que la conoció, cuando le preguntó si había pasado hambre, si había vivido en la calle. Cuando Molly lo miró como si supiese.

—¿Y cuál es la verdad entonces?

Ella lo miró, sus ojos verdes más claros y más brillantes que nunca. Luego dio un paso adelante y puso una mano sobre su pecho.

—Ésta es la verdad, tu corazón.

Y lo más curioso de todo fue que él la creyó. Creyó que en algún sitio, a salvo del caos, su corazón se había conservado entero, esperando.

—¿Creías que esto iba a cambiar lo que pienso de ti?

¿Qué pensaba Molly de él?

—Siempre he sabido que había algo en ti que te hacía más fuerte que los demás.

De repente, Houston supo por qué estaba allí. Estaba preguntándole si quería arriesgarse con él y era justo que Molly conociese toda la historia antes de darle una respuesta. Aun así, hizo un último esfuerzo por convencerla de que podría estar cometiendo un error.

—No hay nada romántico en crecer en un sitio así, te lo aseguro. Tal vez te hace fuerte o tal vez duro. Yo tengo cicatrices que no curarán nunca.

—¿Como la de la nariz?

—Ésa es la única que se ve.

—Yo creo que el amor puede curarlo todo —murmuró Molly.

Houston pensó que estaba diciendo lo que sentía por él y se le encogió el corazón. Era Molly quien creía en los milagros y allí, en el barrio de Clinton, viendo el brillo de sus ojos, se le ocurrió que tal vez también él creía.

—Hay algo más que deberías saber —insistió. «Cuéntaselo todo».

—¿Qué?

Houston vaciló, buscando las palabras.

«Mi padre está a punto de salir de la cárcel y no sé qué hacer. Pero no sé por qué tengo la impresión de que tú sabrás lo que debo hacer si te dejas entrar en mi mundo».

En sus ojos veía el deseo de amarlo y eso podía hacer que un hombre derribase todas las defensas que había ido construyendo con el paso de los años. Que las tirase de golpe para dejar entrar eso que veía en sus ojos cuando lo miraba.

Un sitio donde un hombre podía descansar y no estar solo. Un sitio donde se sentiría querido, donde podría dejar las armas y no luchar más. Donde ser conocido por lo que era. Molly querría que contestase a la carta de su padre y un hombre que quisiera merecerla lo haría.

Incluso sería capaz de creer que el amor podía curarlo todo.

Por un momento, perdido en el brillo de sus ojos, Molly lo hizo creer que era un hombre bueno, un hombre que merecía ser amado.

Pero, de repente, algo hizo que se le erizase el vello de la nuca. No estaban solos en la calle. El sexto sentido, un residuo de sus días allí, le hacía saber que estaban

siendo vigilados.

Houston tomó a Molly del brazo y miró alrededor. Un hombre con una gorra azul, medio escondido entre las sombras, los vigilaba desde la esquina, pero apartó la mirada en cuanto se sintió localizado.

¿Cómo se le había ocurrido llevarla allí?, se preguntó, furioso consigo mismo.

El hombre salió de entre las sombras entonces. Era muy alto, más que él, y sin duda más fuerte. Llevaba anillos en las dos manos y tenía una expresión dura, agresiva.

—¿Tiene hora?

Houston sabía lo que iba a pasar y buscó mentalmente las armas que había depuesto mientras pensaba en Molly. Sin apartar los ojos del extraño, notó el movimiento a su alrededor, o la falta de él. La calle estaba inusualmente silenciosa y, además, la gente allí se preocupaba sólo de sus asuntos.

Molly se limitó a levantar la muñeca y decirle la hora mientras Houston permanecía callado, leyendo el lenguaje del depredador para adelantarse si decidía atacar. En silencio, le suplicaba que entendiese lo que estaba pasando e hiciera lo que tenía que hacer: salir corriendo y no mirar atrás, no ver lo que iba a ocurrir.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó el hombre.

—No, lo siento. No fumo —dijo Molly.

Houston se colocó delante de ella entonces, protegiéndola del extraño.

—No quiere un cigarrillo —murmuró.

—No merece la pena perder la vida por un simple reloj —le advirtió el hombre entonces. Y Houston vio un brillo plateado en su mano.

—Y tampoco por robar uno —replicó él.

—Dale el reloj —dijo Molly, asustada.

Pero si le daba el reloj, ¿qué querría después? ¿La cartera? ¿A Molly?

No merecía la pena morir por un reloj, pero sí por otras cosas.

—Dame el reloj —dijo el extraño entonces—. No voy a haceros nada.

Houston decidió obedecer a su instinto. Golpear un saco de arena en el gimnasio lo mantenía en forma y el hombre estaba armado, de modo que no podía guardarse nada.

Aunque respiraba agitadamente, por dentro estaba tranquilo. Curiosamente, era como si se hubiera preparado durante toda la vida para aquel momento. Para el momento en el que tenía que proteger a Molly.

—Vamos, dame el reloj ahora mismo.

Sólo lo decía para distraerlo. Houston vio la malicia en sus ojos, el movimiento del cuchillo. Y, en un segundo, se convirtió en el hombre que no había querido que Molly conociese, un hombre que él mismo no había querido volver a ver nunca.

Era de aquello de lo que intentaba huir, de la violencia de su padre, de la primitiva habilidad de matar. No había dejado atrás esas calles después de todo.

Lanzó el puño con todas sus fuerzas en un gancho de derecha y el hombre levantó

el cuchillo, pero su estatura y su peso eran un estorbo y la furia de Houston no tenía límites.

El tipo cayó al suelo y Houston se lanzó sobre él, el instinto diciendo que debía impedir que se levantara hasta que le hubiera quitado el arma. Y lo golpeó sin parar, la furia moviendo sus puños.

Pero unos segundos después se dio cuenta de que Molly estaba tirando de su chaqueta.

—¡Para, lo vas a matar!

—¿Dónde está el cuchillo?

Entonces vio la hoja plateada a su lado. Seguramente el hombre lo había tirado cuando cayó al suelo.

Había ido allí para mostrarle a Molly de dónde era y ver cómo reaccionaba. En lugar de eso, le había demostrado quién era en realidad, un matón. Alguien que podía perder el control en un segundo si era provocado.

Había llevado allí a Molly para ver si podía lidiar con esa realidad y estaba claro que todo terminaba allí. No había posibilidad de una relación con ella en el futuro.

¿Y si un día se enfadaba como su padre se enfadaba con su madre? Y él decía que era amor...

¿Y si alguien le preguntaba por qué había pulverizado a aquel hombre no sería ésa también su respuesta?

Que amaba a Molly y quería protegerla. Y la protegería con su vida, aunque eso significara protegerla de sí mismo.

El hombre apoyó las manos en el suelo y consiguió levantarse. Tenía rota la nariz, que sangraba profusamente.

Cuando desapareció calle abajo Houston se volvió hacia Molly, que estaba temblando como una hoja.

¿Lloraba de miedo o porque había visto una cara de Houston Whitford que la asustaba?

Nervioso, se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros, apretándola contra su pecho, notando lo frágil que era, lo femenina.

Entonces, de repente, un taxi apareció como de la nada y se detuvo a su lado.

—¿No deberíamos esperar a la policía? —preguntó Molly.

¿La policía? No, cuando uno había crecido en un sitio como aquél nunca se quitaba de encima la sensación de que las fuerzas de la ley no estaban de tu lado.

Además, ¿y si algún reportero curioso estaba escuchando la emisora de la policía? Menudo artículo: el presidente de una famosa empresa se pelea en medio de la calle con un borracho.

Una breve investigación haría la historia mucho más interesante: famoso empresario educado en la calle, el padre en la cárcel por robar a un banco...

Su padre había sido el héroe de su madre durante dos horas, ya borracho, tirando el dinero a espaldas. Pero la policía había llegado enseguida para llevárselo.

Diecinueve años de su vida por intentar conseguir lo que Houston sabía era imposible.

—No, no vamos a llamar a la policía —murmuró.

Molly estaba tan asustada que no se molestó en discutir. Una vez en el interior del taxi apoyó la cabeza sobre su hombro y Houston acarició su pelo sin decir nada. ¿Había habido algún momento en aquellos días en el que no hubiera pensado en su pelo?

Tocarlo ahora era como volver a casa, como estar en ese sitio seguro que había buscado siempre. Y tendría que saborearlo porque no habría muchos más momentos como aquél. Ya no.

Cuando llegaron a su casa le temblaban tanto las manos que Houston tuvo que quitarle las llaves para abrir la puerta.

—¿Tienes algo para beber?

—Vino blanco —dijo ella.

La había llevado a Clinton esa noche con la esperanza de que tal vez hubiera una oportunidad para ellos. La oportunidad de tener una vida diferente a la solitaria existencia que él conocía. Diferente a la vida que le había dado su familia.

Pero no pensaba compartir ese legado de violencia con ella. Sus hijos no merecían el legado Whitford. Porque la triste verdad era que había disfrutado golpeando a ese hombre.

—Me parece que vamos a necesitar algo más fuerte que una copa de vino blanco.

—Puede que haya coñac en la cocina. Chuck bebía de todo —dijo Molly.

Lo miraba con una expresión que Houston no podía descifrar y, de repente, puso una mano en su brazo. Parecía contenta, aliviada y Houston lo entendía porque él sentía lo mismo después de una pelea en el gimnasio: la alegría del superviviente.

Al día siguiente lo recordaría pegando a aquel hombre y sentiría miedo, pero aquella noche era su héroe.

—Dios mío, creo que estás sangrando —exclamó ella entonces.

Houston miró hacia abajo. Había aparecido una mancha roja en su camisa... de modo que lo había rozado con el cuchillo. La adrenalina era tal en ese momento que no se había dado cuenta.

—No es nada, sólo un rasguño. Ni siquiera está cerca del corazón.

—Deja que eche un vistazo.

—No, en serio, no es nada.

Pero Molly tiró de él para obligarlo a sentarse en una silla.

—Quítate la camisa.

Houston se la quitó obedientemente mientras intentaba memorizar sus rasgos, la suavidad de sus ojos.

Molly se arrodilló delante de él para examinar la herida.

Su ternura creaba un poderoso anhelo contra el que ningún hombre, ningún guerrero, podría luchar jamás.

Y él había estado luchando desde el primer día, desde que la ayudó a desenganchar su pelo de la perla en el vestido de novia.

—Ay, por Dios. —murmuró, inspeccionando la herida, vertical desde el estómago hasta el ombligo—. No tiene buen aspecto.

A él le parecía una tontería.

—No es nada. No me duele.

—¿Seguro que no debemos llamar a la policía? Te han clavado un cuchillo.

—No, nada de policía.

—Pero no lo entiendo.

—Sólo haría falta un reportero curioso y la noticia saldría en la primera página de todos los periódicos. Una historia de interés humano, como las llaman ahora: el millonario hijo de un delincuente impide que lo asalten a mano armada en la misma calle en la que su padre atracó un banco.

—Los pecados de tu padre no son tus pecados.

—Sí lo son —dijo él—. Cuando mi padre fue detenido y mi madre desapareció yo tuve una segunda oportunidad, una casa de acogida maravillosa. Por primera vez en mi vida tenía comida, ropa, seguridad. Pero un día hubo un baile en el instituto y yo bailaba con una de las animadoras, la chica más guapa de todas. Un tipo, tal vez su novio o uno que quería serlo, le preguntó por qué estaba bailando con un impresentable... y yo estuve a punto de matarlo. Como he estado a punto de matar a ese hombre esta noche. Y me gustó, Molly. Como debía gustarle a mi padre lo que sentía cuando pegaba a alguien.

—No te creo —dijo ella—. No creo que te guste. Sólo has hecho lo que tenías que hacer para defenderte. ¿Por qué estás intentando convertirlo en algo que no es?

—¿Por qué lo haces tú?

—No es verdad. Era un hombre enorme y tenía un cuchillo.

—Tú siempre quieres creer lo mejor de los demás, aunque no sea cierto.

—Si te gusta tanto pegar a la gente, ¿por qué no te has pasado la vida haciéndolo?

—Aprendí a canalizar mi agresividad boxeando.

—¿Lo ves? Eso es lo que yo quería decir.

—No porque me gustase pegarme con otros chicos si no porque no me gustaba cómo me miraba la gente después.

—Quieres ser el malo, pero no lo eres.

Houston se levantó sin esperar a que terminase de limpiar la herida. No podía dejar que lo convenciera. Él sabía lo que era mejor que nadie.

—Tengo que irme.

—No, por favor, no te vayas.

En los ojos de Molly había un deseo que ni ella misma podía negar. Estaba en su respiración, en la mano nerviosa que se llevó al pelo. Y Houston tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar esa parte de él que quería poseerla, hacerla suya.

Pero Molly, decidida, se puso de puntillas para buscar sus labios y él, que había esperado aquel momento desde que la besó por primera vez, los rozó con suavidad. Una nueva parte de él, una que no conocía, apareció entonces, explorando con reverencia lo que Molly le ofrecía. Era la danza más antigua del mundo, una llamada antigua que garantizaba el futuro, un sitio donde el deseo y el descubrimiento se encontraban y se convertían en algo nuevo.

—No puedo quedarme —murmuró, haciendo un esfuerzo para apartarse.

No podía tomar lo que le ofrecía por una noche. Uno no besaba a una mujer de esa manera y desaparecía después como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera cambiado nada.

Además, Molly no sabía lo que le estaba ofreciendo y si había un momento para mostrarse racional, era aquél.

Porque no era el héroe que ella quería creer.

—Me voy.

—No, por favor. Tengo miedo. Sé que es una bobada, pero no quiero estar sola.

Tal vez podría ser un héroe durante un rato más, pensó. Aunque tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano. Le resultó tan difícil llevarla al sofá, acariciar su pelo, escuchar su agitada respiración, dejar que se sintiera a salvo...

Pero además de no ser un héroe era un ladrón porque iba a robarle ese momento. Para guardarlo en su corazón para siempre.

Poco después notó que se había quedado dormida y, suspirando, la tapó con la manta que había en el respaldo del sofá. Pero antes de irse acarició su pelo por última vez.

Aunque estaba agotado, fue a su despacho en Segunda Oportunidad, la que devolvería a la señorita Viv al día siguiente.

Sobre el escritorio había un nuevo montón de cartas en defensa del proyecto Sueños de Graduación. Y, por si acaso no se sentía bastante mal consigo mismo, las leyó todas.

Una fotografía cayó de uno de los sobres. Era una chica guapísima en el salón de actos de la Universidad de Harvard.

Querido señor Whitford,

He oído que están pensando cancelar el proyecto Sueños de Graduación y me gustaría contarle que hace cinco años mi instituto fue elegido para participar en ese programa. Puede que le resulte difícil creerlo, pero cuando pude elegir uno de esos preciosos vestidos fue la primera vez en mi vida que sentí que valía algo.

Houston dejó la carta sobre el escritorio.

Él sabía lo difícil que era sentir que uno valía algo. Y supo entonces que eso era tan importante como tener el estómago lleno. Tal vez más porque llenar el estómago era algo temporal; hacer que una persona sintiera que valía, aunque sólo fuera un

momento, era algo que duraba para siempre.

No podía tener a Molly, eso era algo que había decidido esa noche. Pero sí podía ser el hombre que ella había esperado que fuese.

Y empezaría a serlo dejándole una nota a la señorita Viv en la que recomendaba a Molly como directora de Segunda Oportunidad porque estaba más que preparada para ello. La habilidad de analizar no podía compararse con el amor que ella ponía en todo lo que hacía.

Y también podía empezar con unos vestidos de graduación.

Y con una carta a su padre.

Capítulo 9

Era demasiado pronto para amarlo, pensó Molly mientras iba a la oficina al día siguiente. Pero no tenía la menor duda de que lo amaba. Total, irrevocablemente.

El mundo entero le parecía diferente aquel día, como si hubiera llovido y la lluvia lo hubiese limpiado todo.

Houston la había llevado al sitio en el que nació pensando que arriesgaba algo al hacerlo, pero Molly había visto su alma, la fuerza de su carácter. Aunque sospechaba que pasaría el resto de su vida teniendo que hacer alquimia para mostrarle que lo que él creía plomo era oro en realidad.

Tembló al pensar en Houston la noche anterior, dispuesto a morir para salvarla. Para después convertir el incidente en un gesto de maldad por su parte. Decía haber perdido el control, decía que le gustaba hacerle daño a los demás, pero ella sabía que no era cierto. Houston Whitford no perdía el control y sabía con total certeza que no quería herir a nadie.

De ser así, la noche anterior habría terminado de manera muy diferente.

Molly sintió un cosquilleo al pensar en lo que tendría que hacer para que Houston perdiese el control.

Tal vez debería olvidarse de los saludos, cerrar la puerta del despacho y lanzarse directamente sobre él. Iba a tener que pillarlo por sorpresa para que perdiese el control.

Claro que aquél era un gran día para todos. Aquel día tendría lugar la presentación de la nueva Segunda Oportunidad. Y su vida parecía tan llena de oportunidades, de posibilidades, de emoción. Apenas podía creer que hubiera pasado de una existencia rutinaria a aquella sensación de que todo era nuevo en tan poco tiempo.

Pero eso era lo que hacía el amor, que todo fuera posible.

Otro día, juntos, pensó mientras entraba en la oficina. Un regalo. Y si las cosas hubieran ido de otra manera la noche anterior tal vez podrían no tener ese regalo. Ése era un buen recordatorio de que había que vivir a tope, aprovechar las oportunidades.

Tish, la recepcionista, levantó la mirada al verla entrar en la oficina.

—Hay una sorpresa para ti.

Molly miró el enorme ramo de lirios blancos y tuvo que sonreír.

Cuando despertó por la noche y descubrió que Houston se había marchado pensó que estaba intentando luchar contra la atracción que había entre ellos. Pero le había comprado flores... de modo que iba a intentar conquistarla. Y eso no debía ser fácil para un realista como él.

—No son para ti, boba —dijo Tish entonces—. Son del vecino para felicitarnos porque hemos terminado con las reformas. Tu sorpresa está en el despacho de la señorita Viv.

Houston estaba esperándola entonces, pensó Molly. Después de llamar

suavemente empujó la puerta... y encontró a la señorita Viv tras el escritorio.

¿Dónde estaba Houston?

—¡Molly! —exclamó la señorita Viv, levantándose para abrazarla—. Este nuevo ordenador es increíble, pero vas a tener que enseñarme cómo funciona.

—Pensé que no le gustaban los ordenadores —intentó bromear ella.

—A mí me gusta todo.

—¿Dónde está Houston? —preguntó Molly, después de aclararse la garganta.

—No lo sé, no lo he visto. Pero venga, enséñame qué tengo que hacer para mostrarte las fotografías de mi viaje. Quiero descargarlas en un archivo.

Molly esperó oír la voz de Houston en el pasillo, oír sus pasos. Pero no fue así y, por alguna razón, pensó en lo que le había contado sobre aquel día en el colegio, cuando su madre no fue a ver la obra de Navidad. Así era como debió sentirse Houston.

A la hora de comer no había aparecido y lo llamó al móvil, pero saltó el buzón de voz. Y no le dejó ningún mensaje porque nada podía explicar lo que sentía en aquel momento.

Por fin, la señorita Viv y ella se unieron al resto del equipo para dar comienzo a la presentación oficial. A las dos y media llegó el servicio de catering y a las tres empezaron a llegar los invitados, vecinos, colaboradores, patrocinadores, prensa.

Molly sentía como si estuviera en un sueño. Estaba allí, pero no estaba allí. Reía, fingía disfrutar de la sensación de triunfo, del trabajo bien hecho, pero en realidad no sentía nada.

¿Dónde estaba Houston? Todo aquello era gracias a él. ¿Por qué no estaba allí para recibir el aplauso que merecía?

Por fin, la señorita Viv pidió silencio para mostrar una presentación especial en vídeo y las luces se apagaron.

La pantalla que Houston había hecho instalar bajó del techo y se llenó de imágenes en blanco y negro. Imágenes de calles sucias, patios de juego abandonados o convertidos en vertederos, negocios cerrados. Eran fotografías del sitio donde estuvo el día anterior con Houston, donde él había crecido.

En las imágenes aparecían los rostros de emigrantes, ojos sabios pero llenos de tristeza, rostros serios, ropa desastrada, mientras sonaban los acordes de una guitarra y una voz cantaba: *me prometiste una tierra libre de pobreza...*

Molly tuvo que tragar saliva. Si algo explicaba qué hacían en Segunda Oportunidad era aquella presentación. Y sabía que Houston se había encargado personalmente.

Las imágenes empezaron a cambiar en perfecta sincronización con la música. En color ahora, mostraban las tiendas de Segunda Oportunidad, la oficina antes y después de la reforma. Y la voz cantaba ahora, llena de esperanza: *si nos unimos te veré como mi hermano. Si hay un cielo, ése es mi cielo.*

—¿Dónde está Houston? —murmuró Molly al ver a Brianna, la decorada, con

lágrimas en los ojos.

—Él nunca viene el último día.

—¿Perdona? ¿Cómo que el último día?

«Vamos a construir un futuro juntos y, con un poco de suerte, no sólo en el trabajo».

Una nueva fotografía apareció entonces en la pantalla. Era la niña, la princesa, besando a Houston en la mejilla.

Y Molly pensó que ése era su cielo.

Mientras los invitados aplaudían se volvió para preguntarle a Brianna qué había querido decir con eso del último día, pero la decoradora estaba ocupada hablando con un periodista.

Cuando los aplausos cesaron la señorita Viv hizo un gesto para que encendieran las luces y se aclaró la garganta, emocionada.

—Para empezar, debo darle las gracias a Houston Whitford por regalarnos su tiempo, su experiencia y su empresa, Soluciones Precisas, para mejorar nuestra asociación. Sé que su equipo es muy caro y probablemente habría costado miles de dólares. Pero, además, ha sido tan generoso como para regalarnos la reforma de la oficina y nunca podremos agradecerse suficiente.

¿Houston no había sido contratado por Segunda Oportunidad? ¿Houston había pagado las reformas de la oficina?

Molly miró a la señorita Viv, perpleja. ¿Y por qué le había hecho creer Houston que estaba usando dinero de Segunda Oportunidad?

No, en realidad nunca había dicho eso.

—Él no está hoy aquí —siguió la señorita Viv— porque supongo que estará de vuelta en su trabajo. Francamente, me gustaría que el Presidente consultase con Soluciones Precisas para intentar llevar este país a buen puerto.

Los invitados rieron, pero Molly no estaba riendo. De modo que estaba confirmado: Houston no iba a seguir en Segunda Oportunidad, sólo había estado haciéndoles un favor.

Y él sabía durante todo ese tiempo que no había futuro para ellos. Todos lo sabían. La única que no lo sabía era ella.

Tan ingenua como siempre. Tan romántica como siempre.

La señorita Viv estaba despidiéndose en ese momento. Por fin había decidido retirarse y les daba las gracias a todos por apoyarla durante tantos años. Y les pedía que mostrasen el mismo apoyo y cariño a la persona que, a partir de aquel momento, iba a dirigir Segunda Oportunidad.

—Me gustaría presentarles a nuestro nuevo líder, la persona en la que confío para que haga este trabajo y lo haga mejor que nadie.

De modo que Houston sí estaba allí. Tal vez había dejado temporalmente Soluciones Precisas para hacerse cargo de Segunda Oportunidad. Molly miró alrededor, con el corazón en la garganta, pero no lo veía por ninguna parte.

—Molly, ven aquí —dijo la señorita Viv entonces.

Molly la miró, perpleja. No, no, ella no quería presentar a su nuevo jefe delante de todos porque estaba segura de que verían en su cara lo que sentía por él.

Pero la señorita Viv no se daba cuenta de su angustia y le hacía gestos para que se acercase. Y, por fin, sabiendo que no iba a poder evitarlo, tuvo que acercarse al micrófono.

—Quiero presentarles a la nueva directora de Segunda Oportunidad, Molly Michaels.

Molly se quedó inmóvil. No iba a ser Houston sino ella. Pero no se sentía feliz en absoluto, al contrario. Hasta el último minuto había creído en él, había creído lo mejor de él. Como siempre.

Sin duda, pronto recibiría otra postal desde algún lugar exótico para recordarle su falta de juicio.

Su absurdo deseo de creer en los demás.

El hombre al que había creído conocer mejor que nadie le había mentado. Y no había futuro para ellos.

—No sé si podré hacerlo. —empezó a decir al ver que todo el mundo esperaba unas palabras.

—Claro que podrás, cariño. Ésa era una de las cosas que Houston debía hacer: descubrir si estabas preparada para tomar el relevo.

¿Se había enamorado mientras él hacía una entrevista de trabajo?

La puerta se abrió entonces y un hombre cargado de cajas miró alrededor.

—¿Dónde pongo estos vestidos?

—¿Qué vestidos? —preguntó Tish.

—Tengo un camión lleno de vestidos de fiesta en la puerta y he aparcado en doble fila.

La señorita Viv se llevó una mano al corazón.

—Ay, mi Houston.

De nuevo, Molly no sintió ninguna felicidad. «Su Houston». Houston Whitford era el Houston de la señorita Viv, no el suyo.

De alguna forma, no sabía cómo, Molly consiguió aguantar hasta que terminó el festejo. No miró los vestidos de graduación, que lo hiciese otro. Sueños de Graduación era un proyecto para una romántica desesperada y ella había dejado de serlo.

Y esta vez en serio. Aquel momento en el parque, cuando creyó saber quién era de verdad, desapareció como el espejismo que había sido.

Aunque seguía habiendo gente en el salón Molly intentó marcharse sin que se dieran cuenta, pero la señorita Viv la llamó.

—Espera un momento, Houston ha dejado algo para ti —le dijo, corriendo a su despacho. Volvió un segundo después con una caja larga y delgada—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Es que estoy un poco cansada.

—¿No vas a abrir la caja?

Molly negó con la cabeza.

—Si no le importa, lo haré en casa.

—No, claro, como tú quieras. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Molly abrió la caja en cuanto llegó a su apartamento, con nervios más que con ilusión.

Y allí estaba la boa de plumas que Houston había elegido aquel día, en *De Zen en Cuando*. Las plumas de *Calvito*. Un vestido de diseño, un anillo de diamantes, flores, podría haber soportado un regalo caro, impersonal. Una nota de agradecimiento por los recuerdos.

¿Pero aquello?

Molly dejó que las lágrimas rodaran por su rostro. Lo que debería haber recordado cuando creó la ridícula fantasía del pistolero que salvaba al pueblo era cómo terminaba esa historia: con el héroe marchándose tan solo como había llegado.

Una hora antes, viendo a esa niña besar a Houston en la pantalla, Molly había pensado que ése era su cielo.

¿Cómo era posible que el cielo se pareciese tanto al infierno?

Capítulo 10

Houston despertó bruscamente, angustiado. Había estado soñando con Molly... con Molly besándolo. Y si cerraba los ojos estaba seguro de que podría conjurar la imagen de nuevo.

Había pasado un mes desde que la besó y desde que supo que tenía que decirle adiós. ¿Por qué los recuerdos del tiempo que estuvieron juntos eran cada vez más vividos en lugar de ir desapareciendo?

Probablemente porque había sido su decisión no volver a verla, por su bien. Y también porque había decidido no olvidar la lección que le había dado.

Cada día intentaba hacer algo que la hiciese sentirse orgullosa de él; enviar un camión lleno de zapatos y zapatillas de deporte a una de las tiendas de Segunda Oportunidad, organizar un nuevo sistema de becas para las chicas que le habían escrito en defensa de Sueños de Graduación.

El día anterior había alquilado un apartamento para su padre, a una manzana del parque de la organización. Y después de firmar el contrato había pasado por allí para admirar las flores que crecían a unos metros del cemento, como retándolo, y pensó que sería un buen sitio para su padre.

Mary Bedford llegó entonces y, después de contarle que su padre iba a mudarse allí, le pidió que fuesen amables con él...

Naturalmente, Mary le prometió que le darían la bienvenida de corazón y Houston la creyó. Su móvil empezó a sonar entonces, interrumpiendo sus pensamientos.

—Houston, soy la señorita Viv.

—Ah, hola. ¿Qué puedo hacer por usted?

«Por favor, que no tenga que ver con Molly. No me pida que vuelva a verla».

—Es sobre Molly.

Houston cerró los ojos.

—¿Qué pasa con Molly?

—Creo que mantiene una relación con alguien por internet y tú sabes lo peligrosas que pueden ser esas cosas.

—¿Una relación por internet? —exclamó él, sorprendido—. Me extraña muchísimo. Molly es una chica muy juiciosa.

—Cuando volví de mis vacaciones, Molly se portaba de una forma extraña. No parecía interesada en el trabajo y no aceptó el puesto de directora de Segunda Oportunidad. Incluso parecía enfadada conmigo, pero no me decía por qué. Ha perdido peso, Houston. Tiene ojeras y está permanentemente cansada, como si no durmiera bien.

Pero no era una aventura en internet, pensó él, sintiéndose enfermo.

—Pero entonces, hace una semana, empezó a sonreír de nuevo —siguió la señorita Viv—. De hecho, estaba radiante. Y yo sé cuándo una mujer está enamorada.

¿Enamorada? ¿De otro hombre? Houston no había anticipado aquella nueva forma de tortura.

—Y entonces, de repente, anunció que se iba de vacaciones. Sé que ha conocido a alguien por internet, estoy segura. Y se ha enamorado, Houston. Ya sabes que ella es muy ingenua para eso.

Sí, lo sabía.

—¿Le ha contado Molly que ha conocido a alguien?

—No, no me ha hablado de nadie en particular. Sólo me ha dicho que está harta de vivir sus sueños a través del póster que hay en el salón de su casa y que se marcha a California durante unas semanas.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—No lo sé —sollozó la señorita Viv—. Pero necesito saber que está a salvo.

—Muy bien, veré lo que puedo hacer.

—¿Pero cómo? California es un sitio muy grande, Houston.

Él recordó entonces la fotografía de aquel globo aerostático en el salón de su casa. Un globo que se levantaba sobre el valle de Napa.

—No es tan grande.

Molly suspiró, contenta, mientras admiraba el increíble paisaje que había frente a ella. El sol empezaba a ponerse sobre el valle de Napa y era tan precioso como siempre había soñado.

Por supuesto, debía ser porque estaba enamorada.

Al fin.

De sí misma.

Molly se sentó en la barandilla de la terraza, sobre los famosos viñedos del valle de Napa en California. La puesta de sol le daba un tono dorado a las viñas y el aire era tan cálido como un abrazo. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta.

Y la boa de plumas al cuello. Frente a ella, una botella del Cavernet Sauvignon por el que el valle era tan famoso.

Cuando Houston desapareció de su vida pensó que iba a morir. Literalmente, había pensado que se haría una bola y moriría de pena.

Pero no fue así.

Calvito la necesitaba.

Y luego un día fue a una de las tiendas para hacer un informe y vio cajas y cajas de zapatos y zapatillas de deporte.

—Un benefactor anónimo —le explicó una de las empleadas—. Ha llegado un camión lleno.

Molly intuía quién era ese benefactor anónimo, pero no podía estar segura.

Al día siguiente recibió un mensaje en el contestador:

—Señorita Michaels, soy Carmen Sánchez. He conseguido una beca... ¡no sé cómo ha ocurrido pero voy a ir a la universidad!

La chica estaba llorando de emoción y Molly lloró también. Pero luego, cuando otra de las chicas que había escrito a la oficina para apoyar el proyecto Sueños de Graduación llamó para darle la misma noticia supo sin la menor duda quién era el benefactor anónimo.

Y con eso llegó otra revelación: ella siempre había sabido la verdad sobre Houston Whitford. Era su propia verdad de la que no estaba convencida.

El verdadero amor no te rompía el corazón, no te hacía daño, no te sumía en la más profunda tristeza.

Los que tenían la suerte de amar devolvían ese amor y nunca dejaban de creer que algo bueno podía salir de lo malo.

Aunque le había dicho que el amor podía curarlo todo, no hacía lo que predicaba. Pero iba a hacerlo. Iba a ser mejor porque había tenido la suerte de conocer el verdadero amor.

Iba a darle ese regalo a un mundo que siempre había esperado que lo entendiera.

De modo que se dedicó a mirar la puesta de sol con el corazón lleno de amor, sin tristeza.

Y poco después vio las luces de un coche que se acercaba por el camino. El coche se detuvo en la puerta del hotel y un hombre salió de él. Se parecía muchísimo a Houston, con el mismo pelo oscuro, la misma manera de caminar, tan segura, tan masculina.

Pero claro, ¿qué hombre no se parecía a Houston? Cualquiera extraño alto y moreno hacía que su corazón se acelerase. Al principio odiaba que le pasara eso, pero cuando abrazó la verdad sobre sí misma dejó de odiarlo.

Era un recordatorio del regalo que Houston le había hecho. Y ahora, cuando veía a un hombre que se parecía a él, lo bendecía en silencio y le daba las gracias.

Lo amaba de la manera más pura porque deseaba sólo lo mejor para él y no pedía nada a cambio.

El hombre entró en el hotel y Molly esperó que los latidos de su corazón volviesen al ritmo normal mientras tomaba otro sorbo de vino y admiraba la puesta de sol.

—Hola.

Molly se volvió al escuchar esa voz. Y supo entonces que el amor era más poderoso que Houston Whitford y su formidable deseo de luchar contra él.

—Hola.

—¿Sorprendida de verme?

—No, la verdad es que no.

Houston arrugó el ceño.

—Pues no ha sido fácil encontrarte.

—Ya me imagino.

—La señorita Viv temía que estuvieras teniendo una aventura por internet.

—¿Y tú? ¿A ti también te preocupaba?

—No, yo sabía que era imposible.

—¿Entonces por qué has venido?

Suspirando, Houston se sentó frente a ella.

—Porque no podía no venir.

Se quedaron en silencio un momento.

—Las plumas te sientan bien —dijo Houston después.

—Gracias.

—¿Dónde está *Calvito*?

—Lo he dejado con una vecina.

—Ah.

De nuevo, los dos se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Te debo una disculpa —Houston fue el primero en hablar.

—No me debes nada. He aprendido muchas cosas desde que te fuiste.

—No iba a disculparme por eso. Los dos sabemos que estás mejor sin mí —murmuró él—. No, quería disculparme por haberte llevado a mi antiguo barrio y por perder la cabeza con ese hombre. Podría haberlo matado si tú no me hubieras detenido.

Molly rió y Houston la miró, sorprendido.

—No tiene gracia.

—Pues claro que tiene gracia. Yo peso cincuenta kilos, Houston... ¿de verdad crees que yo te detuve? No, no fui yo, fuiste tú.

—Estoy intentando decirte algo importante.

—Soy toda oídos.

—Mira, yo... vengo del caos y de la violencia, ése es mi legado y no pienso hacerte pasar por eso.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes tanto miedo?

—¡Porque te quiero, maldita sea!

—Ah —murmuró Molly, su mundo entero llenándose de una luz con la que el sol del valle de Napa nunca podría competir—. ¿Y te da miedo hacerme daño?

—Sí.

—Me dijiste que pegaste a un chico una vez.

—Así es —murmuró Houston.

—Y luego, catorce o quince años después, pegaste a un hombre que quería robarnos... ¿y eso es tan horrible, tan imperdonable?

—Perdí el control.

—Tenía un cuchillo, Houston. Era un hombre enorme y había bebido. ¿No crees que hiciste lo que hubiera hecho cualquier otra persona?

—No, es inexcusable. Me detuve porque te oí gritar.

—No me lo creo. Lo que pasa es que te da miedo quererme. Y, sobre todo, te da

miedo que yo te defraude como te han defraudado tantas personas en tu vida.

—Sí, es cierto.

—Te da miedo defraudarte a ti mismo —siguió Molly—. Y temes que el amor te obligue a hacer algo de lo que luego te arrepientas.

—Sí —afirmó él.

—Hay un sitio —empezó a decir Molly— en el que ya no tendrás miedo, Houston. Nunca más.

Él la miró y en sus ojos vio la súplica de que fuese verdad.

Y cuando abrió los brazos, Houston se echó en ellos sin decir nada. Molly alargó una mano para acariciar su cara con la ternura de una mujer que podía ver a través del alma del pistolero. Y podía sentir los latidos de su corazón. Un corazón fuerte y bueno.

—Eres un buen hombre, Houston Whitford. Un hombre con valor suficiente como para superar todas las cosas malas que la vida te ha puesto por delante.

Él no dijo nada y Molly supo por qué. No tenía que decir nada porque ya estaba en casa.

Durante los días siguientes disfrutaron explorando el glorioso valle de Napa. Tomaron el tren del vino, dieron largos paseos, condujeron durante kilómetros, deteniéndose en escondidos restaurantes, librerías y tiendas de antigüedades.

Bebieron vino tomados de la mano, mirándose a los ojos, en silencio. Rieron hasta que les dolían los costados, hablaron hasta quedar roncós.

Molly recordaba el día que lo conoció, cuando llevaba puesto el vestido de novia y anhelaba el amor, a su alma gemela, las risas compartidas, las largas conversaciones. No estar sola nunca más.

El último día Houston le dijo que tenía una sorpresa para ella y aún no había amanecido cuando subieron al coche para ir a un prado cercano...

Donde los esperaba un globo aerostático, sus brillantes colores recortados contra el cielo gris de la mañana.

Molly dejó que él la ayudase a subir a la cesta y cuando el piloto soltó amarras y empezaron a elevarse se apoyó en el hombro de Houston.

—He esperado este momento toda mi vida.

—¿Un viaje en globo?

—No —murmuró ella.

Aquella sensación de estar viva, de estar completa. De hecho, no tenía nada que ver con el viaje en globo y sí con el amor que sentía por Houston.

El globo seguía elevándose mientras el sol empezaba a aparecer en el horizonte, bañando los viñedos con su luz dorada.

—Es maravilloso. Mejor que cualquiera de mis sueños.

Él se aclaró la garganta entonces, nervioso.

—¿Quieres un poco de queso?

Molly lo miró, sorprendida, mientras sacaba una cesta que contenía queso,

cruasanes y pan recién sacado del horno.

—Qué buena idea. ¿Vamos a tomar vino a estas horas? —le preguntó al ver que descorchaba una botella.

Era demasiado temprano para beber alcohol, pero tomó la copa que le ofrecía y lo miró a los ojos.

—Houston, ¿qué te pasa? ¿Te dan miedo las alturas?

—No, es que nunca he viajado en globo.

Unos días antes no habría admitido tener miedo aunque lo hubiesen metido en la guarida de un oso cubierto de miel.

—Ya te dije que había un sitio en el que ya no tendrías miedo nunca más —le recordó Molly.

—¿Y si te dijera que quiero estar en ese sitio, contigo, para siempre?

—Diría que sí.

—¿Te gustaría pasar el resto de tu vida conmigo?

Ella tragó saliva, emocionada.

—Claro que sí.

—¡Maldita sea, se me olvida una cosa! Espera un momento —Houston metió la mano en el bolsillo del chubasquero y clavó una rodilla en el suelo del globo para ofrecerle un anillo de diamantes que reflejaba los colores del cielo—. Molly Michaels, te quiero desesperadamente, con todo mi corazón —le dijo, su voz segura, firme, la voz de un hombre que sabía perfectamente lo que buscaba—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —contestó ella. Y ninguna otra palabra le había parecido más maravillosa en toda su vida.

Era un sí a él, pero también a sí misma. Un sí a la vida con todas sus inseguridades y sus decepciones. Era un sí al riesgo, a sentirse viva, a despertar después de dormir.

Luego se echaron uno en brazos del otro y Houston buscó sus labios con ansia.

El beso celebraba no el milagro del globo desafiando a la gravedad sino el milagro del amor. Se besaban con reverencia, con pasión, con ternura. Porque al fin, después de haber estado perdidos y solos durante tanto tiempo, los dos habían encontrado el camino de vuelta a casa.

Epílogo

Houston Whitford estaba sentado en un banco de Central Park, el sol calentando su cara durante aquella tranquila mañana de primavera.

Un minuto después vio a Molly y a su padre acercarse por el camino. Habían ido a admirar los macizos de tulipanes que su padre, jardinero, amaba tanto.

Había cambiado tanto. Estaba más encogido y frágil cada día. Molly lo llevaba del brazo, la cabeza inclinada sobre su querido Hughie, mientras escuchaba atentamente lo que le estaba contando.

Eso era lo que Houston había descubierto del amor: que no podía curarlo todo.

Por ejemplo, no podía curar el cáncer que sufría su padre. No podía curar su dolor, su avanzada edad. No podía evitar que despertase frecuentemente a medianoche, con lágrimas en los ojos.

El amor, por poderoso que fuera, no podía cambiar la cicatriz de su nariz; el recuerdo de la furia de un padre herido y violento, o las otras cicatrices, las que no eran visibles.

No, el amor no podía curarlo todo, pero curaba muchas cosas. Y la mayoría de los días eso era suficiente, más que suficiente.

—Ella es la mujer que podría haber sido tu madre si yo hubiera sido mejor persona —le había dicho su padre en una ocasión.

—Tal vez —había asentido Houston—. O tal vez yo soy el hombre que tú podrías haber sido si ella te hubiera tratado bien.

Su hija despertó en ese momento y empezó a dar patadas en el cochecito para que le hiciera caso.

Como su madre, pensó Houston, divertido: pelirroja y con carácter.

Al oírla llorar su padre se apartó de Molly para acercarse a su nieta. Y cuando la miró, todas las arrugas que la vida en prisión habían marcado en su cara parecieron esfumarse.

—El abuelo está aquí —le dijo, agarrando su manita.

Y la niña dejó de llorar.

Por un momento pareció como si todos ellos, su padre, Molly, la niña, el propio Houston, estuvieran iluminados por un rayo de sol especial, único.

—He vivido para ver esto —musitó Hugh, con voz ronca.

—Afortunadamente —asintió Houston.

—Es un milagro —dijo su padre, un hombre que seguramente nunca había entrado en una iglesia.

Molly se sentó a su lado entonces y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Cómo está la mujer del año? —le preguntó.

—Anda, tonto —riendo, Molly le dio un beso en la mejilla.

Había llevado Segunda Oportunidad a otro nivel, mucho más allá de lo que hubiera esperado nadie y él quería creer que el amor que compartían la ayudaba a

hacer el papel de ejecutiva, madre y esposa.

Su padre estaba mirándolos con expresión satisfecha.

—Un milagro —dijo de nuevo.

—Sí, lo es —asintió Houston, que siempre había dudado que existieran.

La vida, el amor, el poder del perdón, el hogar. Todo era un milagro, tan sagrado que un hombre no podía contemplarlo sin que su corazón saltara dentro de su pecho.

—Sí —repitió en voz baja—. Es un milagro.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.